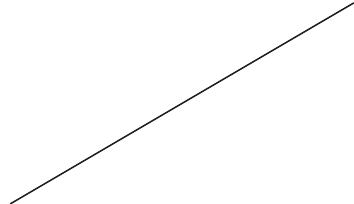


# GENEROSIDAD

Alfonso Carcasona Prats





# GENEROSIDAD

## GENEROSIDAD

La vida no se trata de cuánto avanzamos, sino de cuántas huellas dejamos; y, sin duda, Alfonso, tú has dejado muchas huellas. Has contribuido con tu bondad y generosidad a que todos te tengamos presente y te podamos recordar con esa actitud positiva que te caracterizaba y esa inclinación natural a hacer el bien.

*Cada persona que pasa por nuestra vida es única  
Siempre deja un poco de sí y se lleva un poco de nosotros.  
Habrá los que se llevarán mucho, pero no habrá de los que no nos dejarán nada.  
Esta es la prueba evidente de que dos almas no se encuentran por casualidad.*

Jorge Luis Borges

## ÍNDICE

PRÓLOGO _____	6
CAPÍTULO 1. FAMILIARES DE ALFONSO, SUSANA, FONSETE, BLANCA Y ANA _____	8
ABUELA VIRGINIA _____	9
RAFA _____	10
HUGO _____	11
MERCEDES _____	12
ALEJANDRA _____	13
PEPÓN Y CARMEN _____	15
VIRGINITA _____	18
SOFÍA CAMPER CARCASONA _____	19
FAMILIA RUBIO _____	21
CAPÍTULO 2. AMIGOS QUE SON FAMILIA _____	22
LUIS MORA _____	23
PIRU FONCILLAS _____	26
FÉLIX SOLLER LLURO _____	28
ADELA, IGNACIO Y GUILLERMO _____	30
INMA & MAITE _____	32
ISABEL Y JAVIER _____	33
ALEJANDRO Y AUREA _____	35
LUIS COMBARRO _____	36
FAMILIA DE LA CRUZ GARCÍA _____	37
MIGUEL Y ÁGUEDA _____	39
ANA SOLLER LLURO _____	41
ANA VACARISAS _____	42
IGNACIO GIL-ANTUÑANO _____	43
LOS BARRUTIA _____	44
RUBÉN Y MARINA _____	45
MÍRIAM _____	47
ANA DUQUE DE ESTRADA Y JOSÉ MARÍA SÁNZ MAGALLÓN _____	50
_____	51
JUAN MARI LABOA _____	51
JUAN MARI _____	52
JUAN MATIES _____	54

# GENEROSIDAD

CAPÍTULO 3. COLEGAS/HERMANOS DE ALFONSO _____	55
FÉLIX SOLLER VALCARISAS _____	56
ALFONSO COLONEL DE PALMA _____	59
BRUNO REIN _____	60
JAVIER CARVAJAL _____	62
PEDRO DE NOREÑA _____	64
AMIGO FÉLIX _____	66
EMILIO GOMARIZ _____	67
GONZALO ASTOLFI _____	69
IGNACIO BORONDO _____	70
NÓMADAS _____	72
CAPÍTULO 4. RELIGIOSIDAD DE ALFONSO _____	77
HOMILÍA FUNERAL _____	78
LECTURAS MISA _____	82
PETICIONES AMIGOS ACP _____	85
PETICIONES AMIGOS _____	87
ARTÍCULO SANTOS URÍA _____	88
EPÍLOGO _____	89

## PRÓLOGO

Por lo general, cualquier prólogo comienza por el principio; en esta ocasión, vamos a empezar por el final. Muchos de nosotros tendremos presentes estas tres palabras: tristeza, esperanza y agradecimiento. Y a cada uno de nosotros nos evocarán sensaciones distintas, pero todas ellas se centrarán en un aspecto común, y no puede ser otro que nuestro querido Alfonso.

Durante todo el proceso de despedida de Alfonso ha existido una máxima y ha sido la escucha. Lo curioso es que era una escucha en silencio, todos teníamos algo que decir, pero más que decir lo que hacíamos era sentir.

A este proyecto le hemos llamado *Generosidad*. Alfonso era un ser excepcional con muchísimas virtudes, y una de ellas era la generosidad. Tenía referentes en su casa: sus padres. Le habían inculcado que hay más dicha en dar que en recibir, y no solo lo había interiorizado, sino que actuaba igual que sus progenitores.

Con este relato simplemente buscamos dar voz a nuestros silencios y devolverle a Alfonso parte de su generosidad, compartiendo su buen hacer, su amistad, su amor...

La primera muestra de dar voz a nuestros silencios se plasmó en el texto *Last train to Tarragona* y fue un detonante para comenzar este proyecto. Estoy convencido de que nos ayudará a tener siempre presente a Alfonso, a recordar sus bondades y sentirnos orgullosos de disfrutar de su compañía ahora y siempre.

El concepto de familia es muy amplio, y en este sentido hemos podido apreciar que Alfonso tenía una familia descomunal, ya que su bondad y generosidad hacía que cualquiera que le conociese le adoptase de un modo inmediato.

Por ello hemos distinguido cuatro capítulos en el libro:

**Capítulo 1:** aquí nos hemos centrado en los familiares directos de Alfonso y Susana. Sus padres, hermanos, tíos, sobrinos...

**Capítulo 2:** en este capítulo se encuentra otra gran familia —amigos que son familia—, que se encuentra representada por todos los amigos de Alfonso y Susana, y que, por descontado, han

# GENEROSIDAD

compartido y han disfrutado en múltiples ocasiones de Fonsete. Como se suele decir: los amigos son la familia que escogemos.

**Capítulo 3:** colegas de Alfonso, donde muchos de ellos se han erigido como hermanos de Fonsete.

CAPÍTULO 1: FAMILIARES DE ALFONSO,  
SUSANA, FONSETE, BLANCA Y ANA

A mi querido nieto Alfonso:

Que no estés aquí ahora no significa que estés lejos de mis sentimientos. Podría contar infinidad de anécdotas tuyas, pero si tuviese que escoger dos me referiría a las siguientes:

En mi mente siempre estarán presentes los veranos en La Fosca. Todas esas noches en las que os juntabais el trío calavera —Alfonso, Sofia y Félix— y volvíais a casa al amanecer y os aposentabais en la terraza de casa y no parabais de reír. Esos momentos en los que automáticamente os convertíais en un azote de mis sueños y que, tras levantarme para advertiros, me era imposible regañaros, ya que al intentarlo esa sonrisa y esa bondad que te caracteriza hacía imposible que me enfadase y no me quedaba más remedio que volver al cuarto y tratar de conciliar el sueño.

Este capítulo no era un aspecto aislado, era una constante todos los veranos durante varios días. Pero, ¿qué se puede esperar de una persona como tú? Un disfrutón de la vida con una máxima que no era otra que la de compartir esa felicidad. Tu sonrisa te dotaba de un superpoder que impedía que me enfadase, y ese es mi recuerdo.



Otra de las anécdotas de las que no me desprendo y que mantendré siempre en mi recuerdo, no es otra que la de tu etapa en Italia y esas llamadas que hacías continuamente para hablar con el abuelo José María para compartir otra de tus grandes pasiones de algo que considerabas al igual que tu padre, tu tío y tu abuelo como *mes que un club*, tu querido Barça. Que te dijese que el abuelo estaba en el piso de arriba, o cualquier excusa, no te detenía y me encontraba obligada a buscarle para que disfrutaseis de esas frenéticas charlas, analizaseis toda la plantilla y establecieseis todas las teorías posibles acerca del presente y futuro de lo que podría suceder con Messi, Xavi, Piqué... otro instante reconfortante para ti, para tu abuelo José María y para mí también. En aquellos momentos no lo era, pero hoy lo incorporo como otro gran recuerdo.

Si tengo que decir algo, diré que tu ausencia me duele, pero que tu recuerdo siempre me hará sonreír.

Qué puedo decir de ti, mi querido Fonsete...

Eras una persona que abrazaba con la mirada, no me puedo sentir más que orgulloso de ser tu padrino y poder haber compartido contigo unos cuantos momentos a lo largo de tu vida.

En estos instantes se me atragantan los recuerdos y los sentimientos, pero me reconforta poder tener el recuerdo de esa mirada tuya que transmitía paz y alegría. Me gustaría compartir un recuerdo y una anécdota que simbolizan esa esencia que te caracterizaba.

Como recuerdo, tengo en la mente el primer año del Camino de Santiago —Saint Jean Pied de port-Estella—, tu energía nos contagiaba a todos; daba igual los kilómetros que recorriésemos, no parabas de correr, saltar, brincar... y siempre con esa mirada y sonrisa que contagiaba a los que estábamos a tu alrededor.



Ya, con doce años, nos dabas una lección de vida.

La anécdota se remonta unos cuantos años más tarde, cuando decidiste venir de vacaciones a Mallorca. Te dije que si necesitabas cualquier cosa, que me llamasess; y lo hiciste. Mi sorpresa no fue otra que lo que me pediste: un televisor. Yo pensé: «Mi sobrino es un marciano. Viene de vacaciones a Mallorca y me pide que le preste un televisor». La explicación no era otra que la siguiente: te habías traído la consola de videojuegos, y en el hostel de mala muerte donde te alojabas con tus amigos no tenías televisor. Tras la tele, vinieron nuevas peticiones: el coche, el jardín de casa, la piscina... pero esa alegría que te caracteriza impedía que se te pudiese negar nada.

Querido Alfonso, alguien dijo que recordar es el mejor modo de olvidar, y siempre recordaré y tendré en cuenta tu mirada, tu sonrisa y, cómo no, tus abrazos, que con todo lo grande que eras no dejaban de transmitir sentimientos maravillosos sin necesidad de palabras.

Querido primo Alfonso:

No hemos podido tener la oportunidad de coincidir muchas veces, y es ahora cuando más echo de menos esas ocasiones.

Me ha encantado poder recuperar gran parte de ese tiempo recientemente, cuando viniste a casa, ya que tenías dos bodas en Mallorca y especialmente la última boda, donde mis padres no estaban y me tuve que ocupar de vosotros. Me encantó poder pasar tres días contigo y con Bruna: jugando a la *Play*, hablando del futuro, caminando por el casco antiguo de Palma, compartiendo algún que otro gin-tonic, hablando de fútbol...



Se te veía tan feliz que contagiabas esa felicidad, aunque fueses mi primo mayor me encontraba súper a gusto contigo.

También recuerdo aquellas Navidades en las que el tío Alfonso me dijo que fuese a la comida de sus amigos y sus hijos, allí te encargaste de que mi copa de vino estuviese siempre llena. Recuerdo que me lo pasé muy bien, quizá excesivamente bien, ya que mi padre me comentó que a los dos nuevos nos emborrachasteis y luego os reíais cuando nos hacíais preguntas.

Te tendré siempre en mi recuerdo. Y si ese fin de semana fue, en su día, especial, ahora se ha convertido en un recuerdo mágico.

Hugo

Alfonso, ¡qué alegría tan grande el día que llamaste a tu tío Rafa para decirle que tú y Bruna veníais a Palma y os quedabais en casa! Hacía más de cinco años que no nos veíamos, entre la COVID y la distancia no habíamos coincidido. Fue un regalo para nosotros.

Me encantó conocer a Bruna y, sobre todo, el rato tan estupendo que pasamos los cuatro en la cocina, hablando del presente, pasado y futuro. Por cierto, he conocido a tus amigos y son maravillosos. Creo que conocieron a Ale, pero el amor no surgió —ja,ja,ja—, aunque nunca se sabe. Ale sigue sin saber lo que tramábamos.

Siempre recordaré tu cara de niño grande, sonriente y de buena persona que tenías. Tu alegría, despreocupación y vitalidad. No se me borrará de la cabeza la imagen que tengo tuya saltando de charco en charco en el Camino de Santiago mientras el resto no podíamos con nuestra alma.

Alfonso, estés donde estés, cuida de toda tu familia, de Bruna y de tus amigos que tanto te quieren y ya te están echando de menos.

Estoy segura de que estás bien y de que no estás solo. Sé que estás con tu tía Virginia y con tu abuelo, y que os cuidareis mucho los tres.

Rezaré por vosotros.

Querido Alfonso:

Aunque ya no estés más en el plano físico, estoy completamente convencida de que nos estás escuchando y viendo desde arriba. Tu esencia perdura en nuestro día a día, y si me he dado cuenta de algo en estos últimos días es el impacto, cariño y amor tan grande que generas en aquellos que están alrededor tuyo. Un amor tan fuerte que es imposible de olvidar.

Hablando de recuerdos, cada vez que pienso en ti me acuerdo de tu energía. Cómo vivías la vida al máximo, siempre positivo, siempre con una sonrisa. Me acuerdo de cómo, a pesar de que nunca te lo llegué a decir, siempre has sido una persona a la que he admirado inmensamente. Tal vez fue tu físico; tan alto, tan fuerte, sumado a nuestra diferencia de edad y tu experiencia de vida, lo que me hacía sentir tan pequeña, pero que a su vez, me dejaba la sensación de que algún día podría llegar a ser tan fuerte como tú.

Me acuerdo de tus risas y cómo el término *persona vitamina*, literalmente, te describe a ti. Alguien a quien definen como una persona que con tan solo pisar un espacio ilumina el lugar, mantiene una mirada apasionante y optimista ante la vida, y carga nuestra energía. Tu capacidad de conectar con la gente, de una forma tan pura, siempre me ha fascinado. Lo niñoero que eras y la magia que irradiabas con Sofi. Si te puedo contar un secreto, algún día quiero tener la conexión que tuvisteis vosotros.

Supongo que por la distancia y el hecho de que nos veíamos dos veces al año —con suerte— y cada vez menos desde que empezamos a crecer, forjar nuestro camino e independizarnos, la idea de ti en mi mente siempre ha sido muy intangible. Cuando me enteré de que te casabas, me emocioné al pensar que por fin podríamos tener esa oportunidad de reconectar y compartir más momentos reales. Pero, si he aprendido algo de todo esto, es que al final no hace falta



que veas a una persona todos los días para que deje marca en tu vida, y que nuestros recuerdos tienen más peso de lo que imaginamos. Gracias por enseñarnos a vivir la vida con alegría. Te echo de menos.

Ale

Mi querido Fonsito:

Qué duro se me hace tener que escribir estas líneas... pocas, para los momentos que se me vienen a la cabeza.

Recuerdo la primera vez que me dejaron tus padres contigo una noche. Tendrías meses, ellos se iban a cenar y no paraste de llorar; yo te miraba sin saber qué hacer... tus padres, finalmente, tuvieron que volver antes para poder tranquilizarte. Qué mal rato me hiciste pasar, cabroncete...

Pero después de esa pequeña anécdota, te recuerdo como un chaval muy familiar, cariñoso, alegre. Siempre con una sonrisa en tu cara y bajo esos rizos rubios, también bajo ese original bigote tuyo. Curioso por saber. Y, por supuesto, no me olvido, muy culé y algo taurino como tu abuelo.

Aunque naciste en Madrid, te sentiste siempre muy catalán. De hecho, no me extrañó que acabaras instalado allí, y cosas de la vida... allí terminaste tu ciclo terrenal también.

¡Cómo disfrutabas con cualquier cosa!

Recuerdo cuando te llevaba al palacio de los deportes a ver al

*Estu*. Una vez, mi amigo —Juan Aisa— te lanzó un balón de baloncesto a la grada. Tu cara no se me olvidará nunca. Esa media sonrisa, muy característica tuya, se hizo grande —como tú— y te iluminó toda la cara. También me golpean los recuerdos sobre los partidos pachangueros, o cuando veíamos una cancha ¡y ahí que íbamos! Esos miércoles en los que echábamos partidillos con los padres del cole de Marco siempre vendrán conmigo.

¡Qué orgulloso me sentía de tí!

¡Qué orgulloso me siento de tí!

¡Qué orgulloso también tu primo Marco!

Y qué pocas veces te lo dije...



¿Recuerdas? Me decían los padres: «¡oder, ¡cómo juega tu sobrino al basket! ¡El de Zumosoll!». Qué buenos ratos, Fonsito, me regalaste y cómo nos reímos.

Nos enteramos, ya tarde, que uno de tus mejores amigos también había sido entrenador en el fútbol de tu primo. A Marco le hubiera encantado poder bromear contigo acerca de ello.

Y tuvimos alguna que otra anécdota, sustos, risas y celebraciones también en Palamós y nuestros veranos familiares. Todas ellas simpáticas.

Estamos recordando en casa —intentando sonreír— los momentos bonitos que disfrutamos juntos y que en un solo folio no cabrían. Pero estos se quedan cortos frente a los que nos hubiera gustado vivir a tu lado, aún.

Nos viene a la mente el verano en que tu padre te recordaba que mantuvieras la preparación física y a ti te parecían las Olimpiadas —sobre todo, después de haber salido con Sofi y Félix la noche anterior—. Amanecías, bueno... *atardecías* sobre un auxiliar que tenía tu abuela y en el que solo entrabas hasta la altura de las rodillas —pues no era XXL como tú y tu corazón—. Tus primos se destornillaban al verte, además de despertarte.

Un sinfín de grandes momentos quedarán en nuestro corazón hasta que volvamos a vernos. Intentaremos, hasta entonces, honrarte y honrar tu manera de vivir, y lo intentaremos hacer con una sonrisa... de las tuyas, grande y sincera.

Fonsete, intentando dedicarte algunas palabras, junto a las de tu tío, sentimos que se nos pasa una película por la cabeza. Con sus escenas de comedia, de drama, y hasta románticas. Pero de la que solo tú eras su director, productor y personaje principal. ¡El pirata cojo!, como te hacías llamar en tus más íntimos retratos y poemas.

Querido sobrino, de todos mis recuerdos elijo recordarnos esa tarde —antes de pandemia—, en Milán, tomando el aperitivo, acompañado de Aperol —bueno, de varios...— y risas, MUCHAS RISAS, y también de confidencias. ¡Qué enamoradizo! ¡Fuiste, una vez más, como solo TÚ eras! —y brindaré por ello cuando allí vuelva—.

Toca decirte *hasta luego* para que puedas seguir leyendo a unos pocos de los muchos que te quieren. También *hasta luego* de parte

de tu tía, primo y prima; pero no sin antes decirte que cuando miro al cielo veo vuestra imagen llena de paz. Cielo al que, entre risas, lanzabas a tu prima —la más pequeña de los Carcasa— para recogerla entre tus brazos después.

Sé que seguirás abrazándonos a todos desde allí con tu gran sonrisa y corazón.



Después de unos años separados, te noto cerca de nuevo.

La fe nos hace sentirte cerca, la misma fe que sabemos que tú nunca abandonaste. Monaguillo en nuestra boda, padrino en el bautizo de nuestra hija... siempre estuviste cerca de dicha fe, y nos reconforta. También el

pensar que estás junto al abuelo José María y la tía Virginia.

Te queremos, Fonsito.

Sigue compartiendo tu fuerza, energía y enorme alegría desde lo más alto con todos nosotros, y en especial con tu padre, madre, hermanas, abuelos, ahijada y Bruna.

Querido Alfonso, siempre vivirás en nuestros corazones.

Am      D      G      D  
 Tú vuelas ahora en el cielo azul,  
 Am      D      G      D  
 Un lugar especial, guardado para ti,  
 G      D      Em      C  
 Tu luz brilla fuerte, nunca se apagará,  
 Am      C      G      D  
 En nuestros corazones vivirás.  
 G      D      Em      C  
 Son recuerdos que nunca olvidamos,  
 Am      C      G      D  
 La alegría que compartimos  
 Am      C      G      D  
 Permanecerá aquí, hasta el fin.  
 Am      C      G      D  
 Más cerca de nosotros, cada día más.  
 Am      D      G      D  
 Tú vuelas ahora en el cielo azul,  
 Am      D      G      D  
 Un lugar especial, guardado para ti,  
 G      D      Em      C  
 Tu luz brilla fuerte, nunca se apagará,  
 Am      C      G      D  
 En nuestros corazones vivirás.

Dedicada a Fon,

Virginia

Querido Fon:

Una noche antes de que me diesen la noticia, pensé en quiénes serían las personas con las que no podría imaginar una vida sin ellas, y —por supuesto— formabas parte del pequeño grupo, *mis diamantes*. Pareciese que Dios hubiese elegido entre mis personas favoritas en la Tierra para arrancarme el alma de cuajo, pero he decidido cambiar la perspectiva para poder sobrevivir y enfrentar esta nueva situación. Ahora entiendo el regalo tan grande que me hizo Dios al ponerte tan cerca de mí tantos años. Es ahora cuando comprendo que Dios colocó a mi lado al ángel más purificado para enseñarme que no somos todos humanos. Y es ahora cuando entiendo que te reclamen en el cielo, porque estabas en el planeta para enseñarnos a todos que eras un regalo de la divinidad.

Te quedaba toda la vida por delante y eso me enfada enormemente; te siento mi hermano mellizo y quería vivir todo a tu lado, por no hablar de la muerte en vida. Fue el tío Rafa quien me hizo reflexionar sobre esta cuestión, quien me preguntó con mucha delicadeza: «Sofía, ¿prefieres centrarte en lo que te han arrebatado o en lo que te han dado estos veintinueve años?». Y es aquí donde cambio de parecer; es aquí exactamente donde me siento agradecida, estrujo mi corazón en un puño y pienso para mis adentros: «Gracias, gracias por haberme presentado al ángel de mi vida».

Cuando me enteré de lo ocurrido, estaba en Argentina, como ya sabes. En el Calafate, en el fin del mundo. A pesar de mi angustia indescriptible, intenté recomponerme para llegar a tiempo. Pero lo único que me importaba realmente era verte despertar. Antes de despegar de Buenos Aires a Madrid, pude verte por videollamada, lo que no sabía era que me estaba despidiendo de ti. Te vi tan tranquilo, tan en paz, que realmente pensaba que se trataba de una siesta y nada más. Recuerdo pedirle a Félix que te pellizcara con todas sus fuerzas mientras mi sollozo solo reclamaba tu vuelta. El avión estaba a punto de despegar y teníamos que despedirnos, Fon. Hubiese atravesado la pantalla del móvil para abrazarte una vez más, pero no es lo que mi alma anhelaba; insisto en que lo que quería era verte despertar y disfrutar de todo el tiempo que pensábamos que nos quedaba.

Cuando el avión despegó, ya estábamos más cerca. No porque me acercase a España, nos encontrábamos en el cielo, parecía un pacto de primos favoritos. Si uno subía al cielo, el otro también; de la forma que fuese, pero a la vez. Y no solo subí al cielo en avión, Fon. Tú, mejor que nadie, sabes adónde me has llevado mientras te ibas. Has querido enseñarme el cielo para protegerme de mi dolor, has querido demostrarme que todo estaba bien y has matado mi miedo a la muerte. Porque estar cerca de ti es el mejor regalo que puede darte la vida, la muerte y cualquier resurrección. Y, si algún día me tengo que ir cerca de ti, lo haré tan feliz que ya no hay hueco para miedos. Mientras siga viva, intentaré que sientas el latido de mi corazón con fuerza para recordarte siempre que ahora vives dentro de todas las personas que tanto te amamos y que tanto de menos vamos a echarte cada día de nuestra vida.

Por otro lado, me tranquiliza saber que no estás solo; el hecho de que estés con el abuelo José María y con mi madre, Virginia, me da cierta paz. Me encantaría tirar de vosotros tres del tobillo y bajaros de golpe; habéis dejado un vacío inmenso, pero una gran lección de amor puro e incondicional. Tu corazón era el mejor de este mundo, Alfonso. Entiendo que Dios te quisiese tan cerca, y contra él no puedo hacer nada, me faltan poderes. Solo le pido, en mis últimas palabras, que el día que me tenga que ir yo también, no se olvide de colocarme muy cerca de ti. Si esto es un *adiós para la eternidad*, no seré capaz de procesarlo; pero, si esto es un *hasta pronto*, seré muy feliz. Me quedo con el *hasta pronto*, aunque cueste puñados.

A mi hermano mellizo, a mi primo favorito, a mi compañero de vida, al desastre de los desastres, al puro, al mágico, al maestro, al ser de luz: gracias.

Te amaré toda la eternidad, Fonsito. Eso es lo que al final pasará. Mil gracias.

Un verano en Galicia, San Andrés de Teixido.



Te recordaremos siempre.

CAPÍTULO 2: AMIGOS QUE SON FAMILIA

*LAST TRAIN TO TARRAGONA*

Conseguir silencio en el vagón destinado a ello es tarea difícil, si no que se lo cuenten a los que el viernes se sentaron junto a Juan Mari en nuestro matutino viaje a Tarragona. Hoy es martes, cuatro días han pasado antes de que repita en el asiento 4C, en el mismo vagón del silencio. Mi sensación de hoy es otra. Hoy puedo y quiero pensar, sentir, ver, hablar, escribir. Lo que ha ocurrido estos días en una sala de la UCI en Tarragona me engancha a la vida, me llena de esperanza para los que seguimos aquí, me provoca unas irresistibles ganas de llorar —cosa que hago sin pudor alguno— por la profunda belleza que hay en la unión en el dolor. La desgracia solo se combate con mucho amor, el dramático infortunio con la paz que da el abrazo genuino, el triste vacío con una sala de hospital repleta de gente que te quiere, el absurdo de la existencia con una fe que te llena de esperanza para el futuro. Los Carcasona Prats lo saben mejor que nadie.

El jueves Mori nos contaba su historia de esfuerzo y superación en el Ateneo, y los allí presentes le escuchábamos con las orejas y el corazón abierto, de par en par, sentados a su alrededor. Faltaba Alfonso, el profe, el que nos lo presentó. En ese momento ninguno podíamos ni imaginar la gravedad de lo que estaba pasando, ¿quién puede pensar que pueda ocurrir algo así? Mori hablaba y yo pensaba que es un precioso brote de las muchas semillas de amor que han ido plantando Alfonso y Susana a lo largo de estos años. Mori, un hombre de bien con dificultades que llega de un lugar lejano y se encuentra con una pareja de bien con ganas de ayudar. Mori es parte de la saga, la que han creado Alfonso y Susana durante toda una vida. Él, Alfonso, desde la palabra y el encuentro; ella, Susana, desde el silencio y la serenidad. Una saga que empezó con Alfonsito, el niño grande de la sonrisa irresistible, que siguió con la dulce Blanca de la mirada de seda, para continuar con Anita, la guerrera, la del corazón tan sensible como indomable. Una saga que vive en la tierra y en el cielo y que se prolongará más allá de ellos. Una saga en la que me adoptaron, la saga de los hombres de bien, los del amor inconmensurable.

*Hagamos el elogio de los hombres de bien.  
De la serie de nuestros antepasados.*

*Hay quienes no dejaron recuerdo,  
Y acabaron al acabar su vida:  
Fueron como si no hubieran sido,  
Y lo mismo sus hijos tras ellos.*

*No así los hombres de bien:  
Su esperanza no se acabó,  
Sus bienes perduran en su descendencia,  
Su heredad pasa de hijos a nietos.*

*Sus hijos siguen fieles a la alianza,  
Y también sus nietos, gracias a ellos.*

*Su recuerdo dura para siempre,  
Su caridad no se olvidará.*

Conocí a Alfonso y a Susana en un viaje en el que íbamos a correr la maratón de Nueva York, cuando ellos celebraban su cuarenta cumpleaños. Iban a correrla junto a sus amigos, y Alicia me apuntó a través de nuestro común amigo Combarrín. En seguida nos encontramos y nos adoptaron como parte de la saga. Yo no podía ni imaginar que esa carrera iba a suponer uno de los mayores regalos de mi vida. Desde ese octubre del 2005 no hemos dejado de vernos y disfrutar de la mutua compañía, de participar en los proyectos de los otros, de celebrar el regalo de la vida y de abrazarnos, muy muy fuerte, en la adversidad. Su amor es un combustible para llegar más lejos y mejor a todas partes, me ayuda a comprender más profundamente la vida, a ver donde mis ojos y mi razón son incapaces de ver. Una saga de amor llena de nombres: Alfonsito, Susana, Alfonso, Blanca, Ana, Ignacio, Juan Mari, Mori, Adela, Maté, Víctor, Patricia, Rafa, María, Cami, Ander, Aure, Alicia, Manolito, Inma, Piru, Combarrín... todos los que han pasado por esa UCI tarragonense, físicamente o en espíritu.

Nunca estaréis solos, queridos amigos, nunca estaremos solos. La esperanza no se acabará, ni la de nuestros hijos, ni la de nuestros amigos y los suyos. Todo gracias a esas pequeñas semillitas que Susana y Alfonso han ido plantando a lo largo de su vida y que se convierten en árboles tan frondosos y magníficos como Alfonsito, Ana, Blanca, Mori... y todos los que habrán de llegar. Sigamos, juntos, llenándola de nombres.

*Y al final del camino me dirán:  
¿Has vivido?, ¿has amado?  
Y yo, sin decir nada,  
abriré el corazón lleno de nombres.*

## ALFONSO, UN CORAZÓN CONTENTO

Muchos te dimos la bienvenida, no siendo tú muy consciente, un 5 de septiembre. Que ilusión... ¡el primer bebé del grupo! Sin saberlo, todos al conocerte proyectamos en ti el grupo que más tarde tú lideraste esos 24 de diciembre.

Querido Alfonso, la vida me ha regalado a través de tus padres estar cerca de ti en momentos de nuestras vidas que hoy cobran un sentido más profundo y real para todos, para la vida aquí...

Parece que el embrión de tu corazón contento comenzó no solo teniendo a mis queridísimos Susana y Alfonso como padres, añadió poniéndote a tu tío Rafa como padrino, para que de él recibieras ese punto de humor *chinchorrón* que más tarde con tu *partner in crime* comenzaste a desarrollar haciendo de hermano mayor de camino a la guardería, cuando acompañabas a Nacho. Os llevaba Susana, tú siempre contento y Nacho refunfuñando... Blanca y Ana completaron el cuadro, siendo después pareja objeto de tus cuidados y bromas. Virginia, Blanca, Manolo, Pepón, Carmen, Mercedes, Marta y Nacho, todos testigos. Tus primos más tarde... buena tribu.

Tu primera comunión, en los Dominicos. Eras, con diferencia, el más alto; imposible no verte, con una sonrisa tímida te sabías protagonista sin quererlo, pero feliz de lo que estabas viviendo en esa posición privilegiada de ser el primero; nuevamente, abriendo el paso a los que venían detrás.

Todos recordamos esas noches en las que vuestro cuarto acababa siendo una batalla campal de almohadas. Más de un domingo en casa de los abuelos de Nacho, ellos decían: «Hombre, aquí está el bueno de Alfonso». Eras uno más, el mayor. Yago había encontrado a uno de su tamaño, compañero de risas y juegos que han perdurado hasta hoy. Compartiste con ellos tus lugares —Medinaceli—, engañando a Blanca y a Manolo para que se ocuparan fines de semana no solo de ti, también de tus amigos. Tú eras el vínculo.

Creciste, en tamaño y corazón, siempre saludando con una sonrisa, manifestación inequívoca de la persona que había detrás de ese saludo. Con los pies siempre en marcha, nuestro jugador favorito de baloncesto, y vuelta al espíritu *chinchorro*. Una de cal para el abuelo

Manolo, te hiciste de Barça; y una arena para papá, que ya tenía fiel seguidor culé.

En ICADE fuiste recibiendo a todos los que te siguieron con una sonrisa y una visita esos primeros días de curso, a tu clase, a tu pasillo; una vez comprobado que habían localizado tu clase, ya lo que pasara entre aquellas paredes allí se quedaba.

La necesidad de sacar unos ahorritos te trajo al despacho, meses de prácticas en los que además de compartir cafés, escritos y más de unas risas, nos dejaste a todos claro que el derecho no era lo que más te entusiasmaba, que la vida se vive una sola vez y que merece la pena vivirla a tope, ¡aunque a veces tuviera tintes pelin caóticos! Ellos me decían estos días que eras un tío feliz. Sin duda, así te hemos visto muchos. Estar cerca de personas felices contagia, es una vis atractiva, magnetiza. Te garantizo que no hemos tenido a ningún otro alumno en prácticas tan simpático como tú.

Ya de mayores, si se puede ser mayor a vuestra edad, Yago llega como extranjero a Madrid. Y ahí estabas tú, su Cicerone. Planes de noche, planes de *finde*... ¡estabas ahí!

Cada uno siguiendo nuestros caminos, conectados. Mi querida Sus haciéndome de hilo transmisor de tus amores, tus viajes y, por fin, de tu partida a Milán. Empezabas otra etapa. Perezoso por salir de tu zona de confort, pero dócil y con ilusión; conforme, así, muy como yo te veía.

No tengo duda, Alfonso, tu corazón contento que nos había convocado a celebrar junto a vosotros vuestra boda —que a ti tan feliz te hacía y a todos nosotros también—, ahora nos ha obligado a formar comunidad, una que sea capaz de transformar este dolor de no tenerte aquí cerca en una comunidad de amor profundo con la esperanza de ese reencuentro en presencia del Padre. Da recuerdos a todos los que queremos y están contigo, y en todos los eventos que allí organices ¡sigue desde el cielo contagiándonos tu corazón contento!

## ALFONSO, NUESTRO NIÑO ENORME

Queridísimo Alfonso:

Te nos has ido muy pronto pero, aunque físicamente no te tengamos, tu huella va a perdurar eternamente. Nunca en estos días tan duros hubiera podido imaginar que tu despedida me hubiera provocado una sensación tan positiva en valores, amor y entrega con todos los que te han cuidado en el hospital y los que hemos estado acompañándote. Cómo tus padres, en una situación crítica, han sido capaces de llegarnos a consolar. Son una pasada, y esa ha sido la semilla de esa fe que siempre has tenido, que mueve montañas y que a mí me ha parecido siempre impresionante.

Mis recuerdos y buenos momentos contigo son innumerables desde La Fosca, donde siempre aparecía Alfonso en el comedor dejando un tiempo prudencial a su amigo después de la movida noche anterior, a veces acompañados de Sofia, y cuando creías oportuno lo despertabas.

Los vuelos en la playa de cualquier niño que tenías cerca.

Tus partidos de *basket* o, simplemente, tiros a la canasta en el paseo de Palamós con cualquiera que pasaba por ahí; algún día engañabas a Félix para que fuera.

El fantástico engañador de madres; también de algún padre, como yo, que me tenías pillado, hacías conmigo lo que querías.

Una vez, con dieciséis años Félix y tú dieciocho, diciéndole a Ana madre que ibais a Barcelona al fútbol, pero que luego estaríais tranquilos en casita... y sí... en casita, pero tranquilos poquito.

Los desayunos que preparaban tus hermanas y Anita por el cumpleaños de la GRAN SUSANA, que tú no eras organizador pero, evidentemente, sí comedor.

Tu pasión por el Barça, con lo fácil que era ser *merengón* estando en Madrid y ganando copas de Europa una detrás de otra; pero ese era el mérito, y disfrutando de los partidos veraniegos con tu abuelo. También lo bien que lo pasabais con todos los que veníais de Madrid a las calçotadas que tu amigo Félix organiza con tanta ilusión y que —seguro— continúa haciendo en honor a ti. También felicitarte por esos amigos que has cultivado, que son entrañables y con una generosidad hacia ti imposible de superar.

Tu paso por Barcelona ha sido corto, pero has sido inmensamente feliz en compañía de tu gran amor, Bruna. Y, como no, acompañados los dos también de Mayka.

El domingo que cenamos brindando por ti, nos regalaste una luna que brillaba sobre el mar. Esa misma luz que cuando brilla con el doble de intensidad dura la mitad, y tú has brillado muchiiiiiiiiisimo. Será esa misma luz la que seguro nos iluminará a partir de ahora en el complejo camino de la vida.

Hasta luego, amigo. Tu alegría estará siempre con nosotros.

iiiHasta pronto, amigo!!!

Querida familia, pues así os sentimos:

¡Tenemos tantos recuerdos de nuestro querido Alfonso! Recordamos todos esos viajes a Cerdeña en fin de año, cuando Alfonsito tendría dos o tres años y era ya un niño muy grande al que costaba una barbaridad llevar en brazos montaña arriba desde la casa *aibó* —que seguimos llamando así gracias a él—. Tantos recuerdos a medida que cumplía años y seguía creciendo...

Recordamos especialmente aquellos días eternos del Camino de Santiago que vivimos juntos y que fueron —y son todavía— una bendición en nuestras vidas. El Camino fortaleció nuestra amistad, pero además la extendió: hicimos amigos nuevos y nos regaló la amistad de nuestros padres y de nuestros hijos. Qué maravilla de caminatas todos juntos con Alfonso feliz a nuestro lado...

Le recordamos siempre alegre, hablando y disfrutando con todos, mayores y pequeños. Le recordamos caminar, infatigable, riéndose de cualquier historia, de cualquier cosa que ocurría y que luego recordaba en la cena, llorando de risa, mientras comía sin parar.

Le recordamos ayudando a Juan Mari a levantarse cuando cayó al agua, para después llevarlo al hotel y renunciar con alegría a una jornada preciosa. O llevando a cuestas durante horas ese

pesadísimo trozo de madera que Susana dijo que le gustaba para la casa. Quizá ese recuerdo explique como es Alfonso, una persona increíblemente generosa y familiar, dispuesto a hacer cualquier cosa, por poco práctica que parezca, para complacer a alguien querido.

Alfonso creció hasta hacerse un hombre hecho y derecho, pero a la vez siguió siendo siempre ese niño grande con un corazón puro, una alegría desbordante y una bondad absoluta, que disfrutaba a tope de





cada momento de la vida y que era querido por todos.

Esto lo hemos conocido especialmente durante los tristes días de su despedida en Tarragona. Mientras Alfonso dormía profundamente, nuestra amistad con la familia Carcasona ha crecido más todavía. Hemos

vivido juntos un amor profundo y auténtico que se agiganta en el dolor. Nos hemos admirado de vuestra fortaleza, de vuestra generosidad y de vuestra capacidad para generar un amor tan grande en tanta gente. También hemos conocido mucho más a Alfonso, completando nuestros recuerdos con el amor total de Bruna y con el cariño



de tantos y tan buenos amigos. Amigos a los que Alfonso unía, siguiendo el ejemplo de sus padres. Cuánta buena gente se acercó al hospital, todos compartiendo amor, historias y consuelo. Hay muchos momentos de esos días que no olvidaremos y que marcarán nuestras vidas.

También nos marcará el amor que le tendremos siempre a nuestro querido Alfonso, esa persona buena con el corazón lleno de nombres y cuya vida ha dejado una huella con una profundidad de kilómetros y kilómetros.

¡Un abrazo para siempre, querido Alfonso y querida familia Carcasona!



Adela, Ignacio y Guillermo

Alfonso, hoy está soleado y es un bonito día de junio en Madrid. Te imagino arriba, sonriendo, con esa sonrisa cuasi permanente y un poquito canalla, con esa mirada alegre, bailona y guasona. Ese *grandón* con gestos de niño travieso y divertido. Te imagino henchido de orgullo, lleno de amor del bueno, mirando con ojos cariñosos y perspectiva cenital a tu querida familia: tus padres, tus hermanas, tus abuelos, tíos, primos, tus cariñosos amigos. A Bruna, tu amor, con quien has sido tan feliz.

Tuviste muchísima suerte, Alfonso, una potra increíble, porque elegiste de forma acertada a los mejores padres. Tu madre y tu padre, seres extraordinarios con virtudes difíciles de encontrar. Les admiro por mil cosas, por su capacidad de amar, entrega incondicional, lealtad, solidez, coherencia y espíritu de servicio a los demás. Por su sentido de la amistad. Esos talentos que llevan por lo *bajini*, con humildad. . . Es difícil encontrar tanta generosidad. Ellos, al enamorarse y crear una familia, multiplicaron exponencialmente esas virtudes. Ellos tienen imán. Es imposible conocerlos y no querer estar cerca. Fuerza magnética a la que ellos no dan importancia, pero que se manifestó en Tarragona, con un aluvión de cariño sincero que abarrotaba las esquinas del hospital. Los queremos muchísimo y nos sentimos muy afortunados porque estén en nuestras vidas.

¡Y esas hermanas, Blanca y Ana! Herederas que han recogido lo mejorcito de cada casa. Tienen ese ángel que deja rastro y que te hace sentirte bien cuando las ves. Qué te voy a decir de tus abuelos que no sepas. . . que no hayas disfrutado y atesorado. Esas raíces profundas que generan árboles hermosos y robustos y que dan frutos como vosotros.

En fin, que no me puedo imaginar mejor compañía para esta vida; la tuya, aunque corta, ha sido rica, burbujeante, llena de ilusiones y proyectos. Has estado rodeado de los mejores compañeros de viaje, de personas fuera de lo común, gente esencialmente buena.

Cúdales desde arriba, mímales. Se lo merecen.

Inma & Mate

## LECCIONES DE VIDA PARA RECORDAR

Queridos Susana y Alfonso:

Si algo se muere en el alma cuando un amigo se va, no nos atrevemos ni a imaginar el hondísimo vacío y la profunda tristeza que deja la pérdida de un hijo. Pero no queremos insistir en el camino tramposo de la pena, sino todo lo contrario; nos gustaría compartir, para no olvidar, todo lo que hemos aprendido de vosotros, y de vuestra familia y amigos en estos últimos días desde que ACP nos dejó tras su trágico accidente.

Nadie te prepara para un zarpazo como este, sin embargo, la forma de encarar la desgracia es lo que mejor retrata a una persona, y la familia Carcasona Prat nos habéis dejado con vuestro testimonio unas lecciones de vida ejemplares que constituyen un tesoro de enseñanzas para aplicar en nuestras vidas.

En estos días hemos podido ver una familia profundamente unida: padres, novia, abuelos, tíos, primos... todos como una piña, arrojando con inmenso cariño a ACP en sus últimos momentos, apoyándose unos a otros y contribuyendo, cada uno a su manera, a que aquel microcosmos de dolor del Juan XXIII de Tarragona se pudiera hacer soportable. ¡Olé por vuestra familia!

Estos días nos han permitido también ser testigos de la serenidad y dignidad que en todo momento habéis demostrado a pesar de estar rotos interiormente por la tristeza. ¡Qué contención y qué señorío! Ni un gesto exagerado y, menos aún, ni un ápice de autocompadecimiento. ¡Impresionante y admirable!

Nos ha hecho reflexionar y vibrar vuestra fe auténtica y honesta, que es la de aquellos que aún no comprendiendo por qué ocurre esta tragedia o qué sentido se le quiera buscar, no piden cuentas a Dios ni se enojan con él, ni le reprochan nada, sino todo lo contrario... Con enorme sencillez, nos habéis enseñado estos días que practicáis lo que creéis. Dabais gracias a Dios por la vida de ACP, por haber podido disfrutar de él hasta este momento, y nos contagiabais de la esperanza, casi la convicción, de que, como decía San Agustín, la muerte no es nada y que ACP no ha hecho más que pasar al otro lado, pero que sigue estando con nosotros en otra morada, plena de felicidad, y que algún día nos reuniremos con él.

También nos habéis enseñado estos días el verdadero sentido de la palabra *generosidad*. Decidir, en medio de una situación tan desgarradora, donar los órganos de ACP para que otros puedan vivir gracias a él, es sin duda uno de los mayores gestos de solidaridad y humanidad que jamás hemos visto. Consuela pensar que el corazón de ACP sigue dando vida y latiendo en este mundo, y que, por tanto, físicamente sigue entre nosotros.

Finalmente, estos días hemos podido confirmar algo que ya sabíamos desde hace muchos años: sois unos maestros de la amistad. El hospital de Tarragona y el cementerio de la Paz se llenaron de muchísimos amigos, de todo tipo de amigos, que acudían a llorar emocionados con vosotros y a compartir vuestra pena; a rezar por ACP y a consolar con abrazos largos, sin palabras, que quieren ser eternos, como si todos fuésemos una gran familia, que es lo que nos sentimos, convencidos como estamos que los amigos son la familia que uno elige. ¡Qué bien habéis sembrado y cultivado la amistad!

Por todas estas lecciones de vida que nos habéis regalado estos días os damos las gracias. Os queremos, como siempre lo hemos hecho, y ahora sin duda un poco más y para siempre.

Un abrazo enorme,

Isabel y Javier

*Podemos llorar porque se ha ido,  
o podemos sonreír porque ha vivido.  
Podemos cerrar los ojos y rezar para que vuelva,  
o podemos abrirlos y ver todo lo que ha dejado;  
nuestro corazón puede estar vacío  
porque no le podemos ver,  
o puede estar lleno del amor que compartimos.  
Podemos llorar, cerrar la mente, sentir el vacío y dar la espalda,  
o podemos hacer lo que a Alfonso le gustaría:  
Sonreír, abrir los ojos, amar y seguir.*

Poema escocés

Queridísimo Alfonso:

Te recordaremos siempre, y por ello seguirás entre nosotros.  
¡Vuela alto!

*Alfonso Carcasona Prats, por Luis Fernández-Combarro*

Alfonso fue el primero de nuestra clase en casarse y el primero en tener un hijo. Y me acuerdo perfectamente de cuando nació Alfonsito, en El Rosario. *Nuestro* primer hijo. Allí nos dijeron que los niños recién nacidos apenas ven, solo de manera borrosa y en blanco y negro. . . y por eso le empecé a llamar Ray, como Ray Charles. Una tontería, pero siempre le llamé así. Era un chiste tonto entre los dos, pero nos hacía gracia y le producía esa sonrisa mágica que siempre tenía él. Estoy seguro que la sigue teniendo. Una sonrisa preciosa, amable, genuina.

Alfonso padre y Alfonso hijo —Ray— siempre eran un dúo mágico. Venían juntos muchas veces a entrenar, a correr al *Reti* o incluso nos acompañaba a las carreras, sobre todo al principio. Él jugaba al baloncesto y cada vez era más grandullón, ancho y fuerte; más grande y alto que su padre, y siempre con su sonrisa. Carca siempre tenía que ir a buscarle a sus entrenamientos. Entrenaba mucho.

Me llamaba Com, como su padre, y me gustaba. Siempre con esa sonrisa de niño bueno. Bueno y protector, como cuando cuidaba de que mi hijo Luis no bebiera alcohol en las comidas del 24 de diciembre. En esas comidas también era como su padre, con un punto de líder, otro de malote, pero en el fondo un buenazo que cuidaba de Luis.

Le encantaba, como a mí, la música. El rock de otra época, de los 60 y los 70. Y le gustaban los vinilos. Yo le dejaba los vinilos que guardo como tesoros y él los pinchaba por mí, que ya ni tengo tocadiscos. Me llamó hace apenas un mes con ocasión del regalo de boda y estuvimos una hora hablando por teléfono. De vinilos, de Barcelona. . . siempre te echaré de menos, Ray.

*A UN BARCO LO VES IRSE Y OTROS LO VEN ACERCARSE, PERO EL BARCO ESTÁ...*

De la familia De la Cruz García a nuestra familia hermana Carcasona Prats. Para Susana, Blanca, Ana, Alfonso y Alfonsete, que seguro que nos ve, nos escucha y nos impulsa con ese buen rollo que siempre imprimía a todo lo que hacía.

Para mi hijo Manuel siempre fue una referencia en todo. Lo adoraba, y Alfonso a veces le reñía, como un hermano mayor.

Alfonso y los colegas que conocí en Madrid hace unos años saben que soy más de mandar —¡jal!— que de escribir. Algo que descubrí con este gran grupo de amigos al que me uní por sus ganas de correr maratones y que ahora son parte fundamental de nuestras vidas.

Tanto es así, que la familia Carcasona siempre nos ha tenido en sus planes, empezando por la carreras matutinas de los sábados y domingos, siguiendo con las misas en Alenza, el tradicional roscón de Reyes en su casa cada Navidad o el no menos tradicional de las gambas con Tío Pepe en su casa, celebrando el cumple de Bañón. Solo se admitía a los que estábamos *de Rodríguez* a finales de agosto y acompañados de jóvenes como el gran Alfonsete.

Esos encuentros veraniegos demostraban qué desastres somos sin nuestras queridas esposas, y el mayor reto se generaba cuando aparecían Alfonsete o mi hijo Manuel a comer gambas. Había que pedir cuatro pizzas para ocho personas y, aun así, faltaba para alimentar a semejantes tragaldabas. No digo nada de los partidos de la *Super Bowl* con la tropa de jóvenes comiendo hamburguesas en casa de Morita.

Tuvimos la oportunidad de conocer más a Blanca, pues se vino a vivir con nosotros a Colombia en unas prácticas que hizo y ahí pudimos disfrutar del amor gigante que despliega esta familia. Amor que hemos sentido estos días cuando lo invadía todo en aquella UCI de Tarragona. Cuántas veces entré a ver al fortachón, cuántas lágrimas vi a mi alrededor... y cuántas veces, tocando su piel, viendo su respiración, pude contemplar la serenidad de su familia en momentos tan inexplicables.

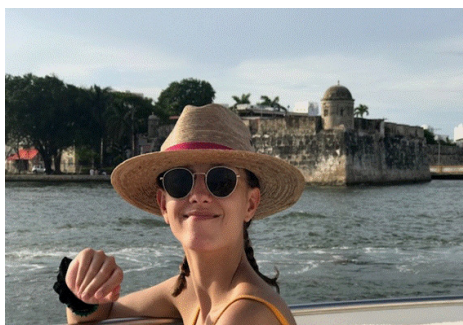
Ya te lo dije, Alfonso, tenéis nuestro corazón, tenéis nuestros pensamientos, tenéis nuestro amor y si tenemos amor, podemos ayudar. Contad siempre con nuestra ayuda, con nuestra amistad, con nuestro acompañamiento.

Ante tanta serenidad y fortaleza me sentí pequeño a vuestro lado, pero agradecido por teneros cerca y aprender de vosotros. Aprender qué cosas importan de verdad, como es la entrega sin pedir nada a cambio, como es entender lo que no tiene explicación y dejar en manos de Dios lo que más queremos.

Gracias a Dios, que os puso en nuestro camino. Camino que queremos seguir haciendo juntos, con Alfonsete de ángel de la guarda.

Os queremos. Muchos besos de Claudia, Manuel, Nati y Manolo.

Compartimos una foto de Blanca en su periplo por Colombia; creo que lo pasó *na' más que regulá...*



## AQUELLOS MARAVILLOSOS AÑOS

1994. Año en que nacieron Alfonso, primero, e Itziar unos meses después. Y el año en que se cruzó en mi camino Alfonso Carcasona, un tío que vendía almohadas por televisión y que entró en mi vida para cambiarla.

1995. Año en que Águeda conoció a *Susana, la fuerte* —bueno, también yo— en nuestra primera escapada juntos. En este caso, a los monasterios de Yuso y Suso, en San Millán de la Cogolla.

1996 a 2022. Años en los que nos fuimos descubriendo, divirtiendo, conviviendo y queriendo. Dos o tres viajes juntos cada año, algún verano compartido, cuatro continentes, cientos de ciudades, muchas risas y algún llanto. Los bebés se iban haciendo niños y los niños crecían. Alfonso y yo dedicábamos la mayor parte de nuestro tiempo a nuestras vidas profesionales y a nuestras empresas, mientras Susana y Águeda eran los pilares de la empresa más importante de nuestras vidas, nuestras familias, que cada vez eran más una que dos. Años de enseñanzas, de enfermedades, de deportes, de juegos, de amigos compartidos, de colegios y universidades, de Medinaceli, de Bidania y de Roma, muchas veces de Roma. Tiempos en los que Susana y Alfonso nos mostraron el significado de la palabra *generosidad*. Y lo hicieron con el ejemplo, que es la mejor manera de transmitir una enseñanza. En silencio y de manera discreta, vimos cómo se puede centrar una vida en ayudar a los demás, con compromiso y sacrificio. Creo que con ello nos ayudaron, como lo hacen con tantos otros, a ser mejores personas.

2000. Cambio de siglo y cambio de vidas. El año del embarazo, de los embarazos. Año de angustias, de preocupaciones, de fe y de esperanza. El año en el que nuestras queridas esposas nos dieron una lección de fortaleza y que Dios premió con dos maravillosos regalos. Ana y Zazu, las pequeñas previstas para 2001, pero Anita se adelantó para iluminarnos la vida a todos desde su delicada y preciosa existencia.

2023. Hoy somos hermanos, vuestra familia es la nuestra. Alfonsito se nos ha adelantado y nos espera en el cielo. En los últimos años nos habíamos distanciado algo de él. Desde el punto de vista físico,

naturalmente, ya que siempre lo hemos tenido en nuestras cabezas y en nuestros corazones. Siempre fue un grande, un bebé grande, un niño grande, un joven grande y un hombre enorme. Sonriente, divertido y cariñoso. Disfrutón.

Estos días hemos tenido la oportunidad de acompañarle en sus últimas horas entre nosotros. Junto a muchos de sus amigos y junto a Bruna. Todos juntos, como una gran familia, alrededor del grandullón Alfonso, todo serenidad, que nos ha permitido fusionar tristeza, alegría y esperanza. La tristeza de la pérdida, la alegría de la vida juntos y la esperanza de la vida eterna.

Familia Carcasona Prats, gracias por tanto.

Querido Alfonso:

Estos últimos días, mientras te despedíamos con las emociones a flor de piel, nos hemos remontado a todo lo que hemos vivido con la familia Carcasona. La verdad es que para mí nunca habéis sido amigos, ya que siempre os he considerado familia. Y, concretamente, tú; en casa siempre has sido como un hijo más. El hermano que Félix nunca tuvo y del que ha aprendido muchísimo. De ti me llevo muchos recuerdos en La Fosca, Madrid, y últimamente en Barcelona, que ha tenido el placer de acogerte en esta última etapa de tu vida, que injustamente ha sido corta, pero intensa hasta el último día.

Has sido un ejemplo de vitalidad y de cariño, y nos has enseñado la importancia de rodearse de buenos amigos, como hemos podido comprobar sobradamente estos días en los que la calidad humana se ha hecho presente entre todos los que venían a despedirte.

Hemos recordado con ellos lo orgulloso que te has sentido siempre de tu familia, y de cómo presumías de tus hermanas, de tus padres y de tus amigos con todo el que te acompañara. Por eso, no tenerte ahora nos cuesta de asimilar, pero empezamos a tenerte de otra manera. Estás con cada uno de nosotros, y nos vas a acompañar en un montón de planes y proyectos que ya se empiezan a mover a raíz de la necesidad de unirnos mucho más para honrar tu recuerdo el resto de la vida.

Hasta pronto, ¡te queremos!

Querido Alfonsito:

Aunque eras el más grande, tu abuela Virginia te seguía viendo como un niño. En el fondo, para mí lo seguías siendo, con esa inocencia y pillería que tienen los niños y que te hacían tan adorable.

Hemos compartido muchos buenos momentos que me llevo en el corazón: días en familia en Madrid, Barcelona, en La Fosca; esos veranos en los que nos despertabais al llegar a casa ya de día, o encontrarte en casa tumbado en el sofá esperando a tu amigo Félix, al que siempre tenías que despertar; mis macarrones, que decías que eran los mejores del mundo y me pedías cada vez que venías a comer; tus abrazos tan cariñosos, tantos recuerdos...

Estos últimos días los hemos recordado junto a tu familia y amigos en un espacio reducido en el que no cabían más abrazos y amor, por el simple hecho de estar contigo y acompañarte en un final y un principio en el que creías por encima de todo.

Estar allí, en el Hospital Juan XXIII, despidiéndote, ha sido un privilegio muy difícil, ya que no queríamos dejarte marchar, pero las circunstancias desgraciadamente no lo permitieron. Reconforta saber que gracias a ti muchas personas tendrán la oportunidad de lograr ese sueño que contigo no pudo ser.

Sé que ahora estarás en un lugar mejor, y por eso estoy tranquila. Tú siempre estarás en mi corazón.

Te envío un abrazo tan grande ¡¡¡como TÚ!!!

Ana Vacarisas

Querido Alfonso:

Ya desde que naciste has sido especial para nosotros. Eras el hijo mayor de Susana y Alfonso. Tus padres son parte muy importante de nuestras vidas desde hace cuarenta años y tú, al nacer, también pasaste a ser parte de ellas.

Unos meses después de nacer tú, nació Nacho. Como erais de la misma edad, hacíamos muchas veces planes juntos y os hicisteis amigos. Quizás no erais amigos muy próximos, pues ibais a distintos colegios —lo que en esa edad marca una diferencia—, pero nunca estabas lejos.

Acabasteis el colegio y, por casualidad, los dos coincidisteis en la universidad. Estudiabais cosas distintas, pero el contacto seguía.

Unas veces más próximo, otras más lejano, pero siempre estaba allí.

Había todos los años una fecha —en la que por insistencia de tu padre, todo hay que decirlo— coincidíamos. Sabíamos que el día 24 de diciembre quedábamos a comer. Tú fuiste el primero de los hijos que vino y, como consecuencia de eso, a medida que se fueron incorporando los demás, todos te consideraban como un hermano mayor. Habías ido el primero y eras el que tenía más experiencia. La verdad es que es una tontería, pero esa comida ha creado un vínculo entre todos vosotros y entre los chicos y todos los padres. A todos os hace ilusión ir, veros y durante unas horas contaros vuestras cosas. Luego os veáis o no durante el resto del año, pero sabiais que teníais una cita que no os podíais perder.

Estas últimas navidades estabas de viaje y te echamos de menos. Estoy seguro que tú también a nosotros.

Siempre has sido un niño grande —y de mayor, muy grande—, pero siempre con una sonrisa que, por lo menos, a mí me desarmaba. Podías haber hecho una trastada, pero sonreías y se te olvidaba.

Aunque sabemos que estás en la habitación de al lado y lo que somos unos para los otros, seguiremos siéndolo. Te vamos a echar de menos.

Un abrazo grande,

Ignacio

Qué fácil es quereros. Gracias por enseñarnos el camino.  
Un abrazo enorme,

Los Barrutia



Queridos Alfonso y Susana:

Qué difícil ponernos con totalidad en vuestra piel, en vuestra alma, en la tristeza que transforma el corazón y lo hace un anhelo de lo que fue y de lo que debería haber sido, un anhelo de todos los sueños sobre la vida que iba a vivir Alfonso. Una vida incierta, distinta de la que le soñabais de niño, pero una vida adulta que contabais con seguir de cerca. Y por otro lado, qué fácil, qué sencillo para vuestros amigos con hijos de edad similar, imaginar que es el nuestro el que nos adelanta en esta vida y que nos precede en el siguiente paso. Qué fácil sentir con vosotros entonces, entender ese dolor profundo, invasor, envolvente; esa tristeza penetrante e inevitable por una vida joven que imaginamos de otra manera, y cuyo final jamás pensamos conocer. Esa espada que ya le anunciaron a la Virgen que le traspasaría el corazón al ver a su hijo morir. Solo de adulta he intentado comprender el dolor de la madre de Jesús, que no solo vio a su hijo morir, sino también al que sabe que es la única esperanza de los hombres, abandonado por los suyos, sufrir la tortura y muerte de un criminal. Quiero creer que la desesperación que como madre yo hubiera sentido, ella la superó por su fe absoluta en el mensaje de su hijo, en la Resurrección y el triunfo final del Bien.

Nos gustaría aliviar vuestro dolor, pero no tenemos palabras para hacerlo. Sentimos no poder hacer más, sentimos no poder asumir una parte de vuestro dolor para que sea menos intenso, menos infinito. Rezamos por Alfonso, que sabemos que está en un lugar mucho mejor, pero sobre todo rezamos por vosotros, por sus hermanas, por su novia, por sus abuelos, por aquellas personas a las que daba luz y llenaba sus vidas. Rezamos para que, ya que nosotros no sabemos hacerlo, Dios ponga en vuestro corazón la esperanza de saberle en la Gloria, de ayudaros a seguir viviendo a pesar de todo, de que os dé una Fe tan grande que el dolor sea soportable y brille la esperanza.

Os queremos, os admiramos, sois un ejemplo para todos vuestros amigos por vuestra sencillez, vuestra generosidad, vuestra fortaleza. Qué labor la del maestro, del que enseña y da ejemplo. Para saber vivir y saber morir. Tengo una amiga que se me fue demasiado pronto, Elisabeth, pero ella ha sido para mí y siempre lo será, el ejemplo de

cómo hay que afrontar la propia muerte: compartiendo, con alegría, con total confianza, con entrega y sin miedo. Vosotros sois otro ejemplo que espero saber imitar también, de entrega a los demás, de generosidad hasta en los momentos más duros, de fortaleza, de confianza en Dios.

Os queremos mucho,

Rubén y Marina

## SIEMPRE HABÉIS SIDO LOS PRIMEROS

Queridos Susana y Alfonso:

Pensando en cómo deciros lo mucho que representáis en mi vida, me he dado cuenta de que si tengo que resumirlo en una frase sería: «Siempre habéis sido los primeros». Desde septiembre de 1983, que conocí a Alfonso y fue el primero de la clase al que conocí, hasta este aciago junio del 2023 en el que habéis continuado siendo los primeros en darnos una lección a todos de amor como nunca antes habíamos visto.

Hemos pasado tantas cosas buenas juntos... y seguiremos pasándolas aunque ahora parezca casi imposible, que me gustaría recordar con vosotros.

Buscando fotos antiguas —de los últimos años se las dejo a Com, que las tiene mucho más bonitas que yo— me reía yo sola viéndolas; en todas ellas aparece mucha gente que viene y va, pero Alfonso está ahí en todas conmigo —mi fiesta de cumple de 1984, viaje de primero E3, viaje de fin de curso, fiesta disfraces de Marina del 93...— y me ha hecho muchísima ilusión encontrar mi primera foto con vosotros dos; ya en mayo del 88 aparece Susana también en mi vida. Me acuerdo perfectamente del día que te conocí en la casa de la Moraleja en una fiesta de Virginia, y pensé: «¡Qué bien! Por fin Alfonso ha encontrado una mujer estupenda». Y así fue.

La primera boda de todos, la vuestra.

El primer éxito empresarial: la almohada cervical y *mi marido ha dejado de roncar*.

El primer hijo de todos, Alfonsito. Con él aprendimos que los bebés al nacer no ven, ¡cuántos años habrá estado Com llamándole Ray! Fue el primer bebé al que cuidamos todos y luego fue él quien se encargó de cuidar a nuestros bebés —o por lo menos al mío—, tanto en las misas de Juan Mari como en la famosa comida del 24.

Seguramente, también la primera borrachera de nuestros hijos varones fuese gracias a Alfonso —padre, en este caso—, pero supongo que no me puedo quejar, ya que fui yo la que instauré el también famoso brindis por la amistad.

Y, desgraciadamente, habéis sido los primeros en enseñarnos el mayor gesto de generosidad que pueden tener unos padres ante

una tragedia como la vuestra, dejándonos compartir con vosotros ese dolor, tristeza y, como decía Víctor, esperanza.

Tengo que decir que cada año que pasa, y ya han pasado cuarenta, me siento más cerca de vosotros y, aunque la amistad empezó por Alfonso, hoy es igual de fuerte el cariño que os tengo a los dos —y eso no me pasa con todas las parejas de amigos, aunque negaré haberlo dicho—. La verdad es que nunca lo había pensado hasta que me he puesto a escribir, pero me he dado cuenta que me parezco más a Susana que a Alfonso. En primer lugar, soy una madre volcada en sus hijos, que estudia con ellos, les lleva donde haga falta y seguirán siendo mi principal preocupación mientras viva —y puede que incluso después—. En segundo lugar, no soy muy amiga de multitudes, como bien sabéis; de hecho, reconozco que soy un poco rara, pero ahí también he aprendido mucho de vosotros, especialmente estos días. Me habéis enseñado que los amigos de verdad ayudan a sobrellevar hasta la peor de las penas, y por eso quería que supieseis que aquí estoy para poder ser esta vez yo la primera —o la última, da igual— a la que acudáis para cualquier cosa que os pueda ayudar. Como decía mi padre: «Miriam, no serás la más simpática, pero a eficiente poca gente te gana», así que aprovechaos de esa eficiencia mía, que os ofrezco con todo el cariño del mundo.

Quizás sea una manera rara de demostraros lo que os quiero, pero es mi manera.

No quiero releer lo escrito, porque con lo que me cuesta a mí hablar de los sentimientos... no vaya a querer borrar algo.

Sois una familia estupenda y juntos aprenderéis a vivir esta nueva etapa. Está claro que algo habréis hecho bien para tener todos esos amigos acompañándoos. Tirad de nosotros, por favor, para cualquier cosa.

Un beso enorme para los cuatro, os quiero muchísimo.

Miriam

Os copio las fotos de las que os hablaba, y añado la copia de la hoja del álbum de la fiesta sorpresa de mis cuarenta. ¡Qué monada de foto de vuestros maravillosos hijos!



Queridos Alfonso y Susana. Queridas Blanca y Ana. Querido Alfonso Jr:

Nos gustaría ser capaces, como tantos otros amigos vuestros, de encontrar las palabras justas, la frase apropiada para apoyaros y consolaros, para ayudar a aliviar vuestra tristeza.

Pero todo lo que escribimos nos parece insuficiente, torpe, tópico. Tecleamos en el ordenador, y una o dos líneas después tenemos que borrar lo escrito. Por más que intentemos ponernos en vuestro lugar, sabemos que es imposible entender lo que estáis sintiendo y viviendo. Deciros, de corazón, que os queremos, que estamos con vosotros, que rezamos por Alfonso y por toda vuestra familia; que, por favor, contéis con nosotros para todo en lo que podamos ayudaros. Es, por supuesto, cierto, pero no creemos que logre transmitirlos la inmensidad de nuestro cariño y de nuestra tristeza por vuestra pérdida.

¿Cómo consolaros cuando sois vosotros quienes habéis dado un ejemplo de esperanza y de generosidad? Cualquier cosa que podamos escribir palidece al lado de vuestra entereza y de vuestra fe. Podéis sentirnos orgullosos de que como familia habéis ayudado a todos vuestros amigos a ser mejores, a replantearnos muchas cosas y a entender la pequeñez de nuestras miras. Y desde estos días, os admiramos y os queremos todavía más de lo que lo hacíamos.

Alfonso estará siempre presente entre todos nosotros. La familia Carcasona habéis sido un ejemplo de cómo afrontar los golpes más duros que la vida puede dar y responder con serenidad y con esperanza. Tristeza, agradecimiento, esperanza: las tres palabras que Víctor hizo que se nos quedaran grabadas y que nos servirán de guía a todos quienes las escuchamos para afrontar los momentos más duros.

*¿Dónde está, oh muerte, tu victoria?* Con vuestro amor, con vuestra generosidad, habéis derrotado a la muerte y nos habéis mostrado a los demás el camino para hacerlo.

Gracias, muchas gracias, por vuestra amistad.

Ana Duque de Estrada y José María Sanz Magallón

*RECORDANDO A ALFONSO*

El lunes 29 de mayo, a las seis de la tarde, vinieron a mi casa Alfonso Carasona y su novia Bruna con el fin de preparar con calma la ceremonia de su boda. Alfonso con su amplia sonrisa y el abrazo afectuoso, y Bruna sonriente, interesados y comprometidos ambos. Se mostraron felices y divertidos al hablar de algo que les importaba tanto. Me alegró encontrarlos tan preocupados con la preparación de la ceremonia, con el deseo de que todo resultara bien y mantuviera claro su sentido religioso. Era evidente que lo habían comentado entre ellos, habían escogido algunos textos del Evangelio, y comentamos juntos acerca de la música. Me temí en un momento que en la música patinaran, pero no fue el caso. No se trataba ni de música rociera ni desentonaba.

Me sorprendió que hubieran elegido como lectura el texto de las Bienaventuranzas, nada común en una boda, pero, sin duda, expresión de un cristianismo meditado y madurado. Las Bienaventuranzas constituyen el programa de vida de Jesús y pensé que, al elegir las para un día tan especial, estaban de acuerdo en su importancia.

Alfonso deseaba que todos sus amigos fueran testigos y Bruna pensaba que influía en esto su gusto por verlos vestidos de etiqueta. Sonreímos y le tomamos el pelo. Les encontré tranquilos, felices preparando la ceremonia, conscientes de sus exigencias y del sentido del sacramento.

Tres días más tarde, murió en la carretera. Para nosotros, creyentes, en un momento, pasó de la vida terrenal a la eternidad. Ha superado nuestras limitaciones terrenales y ha conseguido ver bien el presente y el futuro con el corazón, a la sombra del Padre. Queda en nuestro recuerdo y en nuestras oraciones. Y no dejamos de pensar en aquellos que vivirán una vida mejor gracias a los órganos del cuerpo de Alfonso.

14 de julio de 2023

Queridos Bruna y Alfonso:

En estos días y hoy, por lo que significa, estamos llamados a pensar y tratar de descubrir el secreto de Cristo y de cuantos le seguimos. Se trata del secreto del amor de Dios que irrumpe en nuestras vidas, las desconcierta y las transforma. Él tiene sus razones: «Él nos amó primero y por eso nos creó». Y si Él nos amó, nosotros debemos amarnos los unos a los otros en esta revelación de amor compartido por desconcertante y triste que nos parezca. Este es el secreto anunciado que explica veladamente este 14 de julio de 2023. No acabamos de entenderlo, pero es la explicación entrevelada que nos ofrece Dios de nuestras relaciones: en la comunión del amor brilla siempre el conocimiento de Dios y el amor generado entre nosotros.

Todos aprendemos a lo largo de nuestra existencia que, como humanos, somos muy frágiles y que nuestra vida resulta impredecible. Muchos aspectos de ella dependen de nuestro carácter, de nuestra formación, del ambiente y de las posibilidades que nos rodean, y otros muy importantes nos vienen dados o los provocamos sin saberlo ni quererlo. Somos felices o no por nuestras dotes, por aquellos que nos rodean, por nuestra coherencia, por nuestros principios, y también gracias a quienes nos quieren y queremos. Tú, Alfonso, has sido una persona agraciada, ya que siempre te has sentido querido y has querido a tu familia y a tantos buenos amigos junto a ti.

Tú naciste de unos padres felices que te quisieron y ofrecieron un entorno pacífico y gozoso, estudiaste en dos instituciones equilibradas, donde encontraste formación intelectual y amigos; mantuviste sin problemas el espíritu y la formación religiosa, con un cierto toque conservador.

Has sido cabezón y descuidado, a veces, pero siempre buena persona, simpático y divertido, fiel a tus amigos, lector interesado y constante. Asististe durante años a la misa dominical de la parroquia personal de Alenza, preguntabas a veces por temas de la homilía,

te mantuviste fiel cristiano, con alguna incoherencia propia de la mayoría de los cristianos. Hace un mes, preparando con verdadero interés la ceremonia del próximo matrimonio, mostraste tu decisión de que la ceremonia fuera cuidadosa con su razón de ser, y, con sorpresa por mi parte, propusiste que el Evangelio fuera el de las bienaventuranzas, probablemente el pasaje más decisivo y exigente de los Evangelios.

Este largo rato de preparación mostró una pareja feliz y bien conjuntada, que distinguía con decisión lo esencial de lo accesorio. La alegría personal de Bruna y su participación activa en la preparación de la ceremonia resultó manifiesta. Ambos se mostraron compenetrados y cómplices. El accidente acabó con tu vida entre nosotros, pero tu cercanía y recuerdo permanecerán siempre en nuestra memoria y en nuestro corazón. Hasta que nos encontremos de nuevo en la presencia del Padre.

La prolongada reunión en el hospital Juan XXIII de Tarragona señaló la capacidad de generar lazos indelebles de amistad por parte de tus padres y tuya. Hoy pensamos con ilusión en quienes sobreviven del todo o en mejores condiciones gracias a tus órganos ofrecidos en tu nombre por tus padres. Se trata de una permanencia generosa tuya en la vida diaria de varias personas que no te conocerán y no conoceremos nunca, pero que dependerán de un acto de amor a los demás. Este es, en realidad, el sentido del precepto de amar al prójimo, no solo a los amigos y a los que nos caen bien.

En realidad, estamos viviendo en este largo mes un tiempo de amor y cariño que nos rodea y supera. Dios nos ama inmensamente y tiene una idea del tiempo que no es la nuestra, y nosotros nos conocemos y queremos a nuestra manera, sin tanta perspectiva ni conocimiento, pero con la misma generosidad. Ahora, Alfonso, conoces el misterio de la vida en su plenitud global y nos quieres y acompañas desde esa perspectiva, pero nosotros sufrimos y queremos desde la nuestra más limitada. Nosotros estamos en camino y tú has llegado a la meta.

Nosotros te recordamos con cariño, te sentimos tan cercano... pensamos que estás en los brazos de Dios Padre y sigues nuestras vidas con el sentido del tiempo que nos falta a nosotros. Esta tarde celebraremos la eucaristía por ti y contigo.

Querido Alfonso:

Esa cara de niño bueno, siempre jovial, que todas las reuniones alegres, la tenemos todos muy presente y nos dibuja una amplia sonrisa al recordarte.

Eres así: espontáneo, generoso, alegre, cariñoso y siempre dispuesto a echar una mano a quien lo necesite donde quiera que esté. Por eso, todos te queremos tanto; y por eso, en estos momentos, se nos rompe el corazón al recibir este golpe que nunca hubiésemos podido imaginar.

Alfonsete, sigues aquí con todos nosotros. Mira la cantidad de personas que te han ido a ver a Tarragona y todas las amistades que han venido a verte hoy aquí, a Tres Cantos. ¡Solo tú puedes movilizar a tanta gente de un lado a otro de España! ¿Y qué me dices del Premio a los Jóvenes Innovadores que lleva tu nombre? Otro motivo de orgullo para toda la familia y para todas las personas que tienen el lujo de conocerte.

Toda la jovialidad y energía vital hacen este shock aún más profundo, pues solo nos queda rezar, padecer, soportar y resignarse. Este dolor en el alma, inundado por el llanto, lo vamos a asumir dando todo nuestro apoyo y todo nuestro cariño a tu novia, Bruna; a tus hermanas, Ana y Blanca; a tus padres, Susana y Alfonso, y a toda la familia.

Toda la Fe, todo el cariño, todas las lágrimas van a ser poco para seguir teniéndote aquí con esa cara de niño bueno, siempre jovial, que nos dibuja una llorosa y desconsolada sonrisa al recordarte.

Te queremos, Alfonso.

CAPÍTULO 3: COLEGAS/HERMANOS DE ALFONSO

**A**mor. Creo que nadie mejor que tú para darle sentido a esta palabra. Durante toda la vida me has enseñado la importancia de querer y cuidar a los tuyos. Empezando por tu familia, a la que adoras; aunque quizás no lo expreses a diario, como nos pasa a muchos. Y continuando con tu amigos, a los cuales denominabas hermanos y a los que nos has mostrado tu amor durante toda tu vida.

**L**ealtad. Siempre he sabido que, pase lo que pase, tu estarás ahí; en las buenas y en las no tan buenas. Me has enseñado el significado de lealtad y la importancia de estar cerca de la gente cuando lo necesita, no tan solo en los momentos de ocio, ya que ahí sabe estar todo el mundo.

**F**amilia. Eres una persona muy familiar a la que le encanta pasar tiempo junto a sus padres y hermanas en el Camino de Santiago. Con tus abuelos, disfrutando de los veranos en la Costa Brava con José María y Virginia, o de la preciosa casa de Medinaceli junto a Blanca y Manolo. Donde Manolo te ha enseñado el arte culinario, que luego has intentado emular sin tanto éxito como él. Y, como no, la devoción por tus primos. Con Íñigo, con el que has compartido la pasión por el fútbol y la gastronomía. Con Marco, que ha salido igual de culé que su primo de Zumosol y te tiene en un pedestal. Y, luego, está Sofía. Tu prima favorita, a la que quieres con locura y con la que has compartido infinidad de momentos, viajes, fiestas... Por último, pero no menos importante, es inevitable hablar de las ganas que tenías de formar tu propia familia junto a Bruna. Lo habíamos hablado varias veces, te quedaba muy poco para ser padre y, como me repetiste en varias ocasiones, hacer a tus hijos socios del Barça es lo que más ilusión te podía hacer.

**O**portunidad. Hablando de ti, creo que esta palabra no podía faltar. Una persona que ha aprovechado y valorado cualquier oportunidad en el contexto que fuera. Empezando por las recuperaciones de la universidad, en donde obrabas auténticos milagros. Siguiendo, por las oportunidades laborales; primero en Milán y luego en Barcelona, con un proyecto que estabas exprimiendo

al máximo. Y, por último, lo que más me ha marcado: aprovechar cualquier oportunidad para disfrutar de la vida. Para ti, todo es un planazo; da igual que estés en Bali, en un resort de cinco estrellas, o en un parque con unas pipas y una lata de cerveza; siempre disfrutando del momento.

**Nobleza.** Nunca has tenido ninguna maldad en nada de lo que has hecho. Sí que es verdad que, sin quererlo ni beberlo, te has metido en más de un follón y has recibido innumerables broncas. Pero, realmente, no había ninguna maldad en ti. Era más un conjunto de infortunios que eras incapaz de controlar, y con tal de no decepcionar ni mentir a nadie, seguías hacia adelante. Pero, al final, acababa siendo peor el remedio que la enfermedad. Al fin y al cabo, tan solo tú tenías licencia para poder liarla sin acumular enfados de todos los que te rodeaban, porque con tu noble sonrisa lo solucionabas todo.

**Solidaridad.** Desde bien pequeño te has entregado a los demás, siempre dispuesto a ofrecer ayuda. No solo a tus seres queridos, sino a desconocidos que necesitaban que alguien les echara un cable. En ese sentido, creo que no podía haber una mejor persona para ayudar a los más necesitados. Recuerdo tu viaje a Camboya, del que volviste con veinte kilos menos, pero irradiando felicidad por todo lo que habíais podido ayudar ahí. Tus innumerables voluntariados en cualquier parte de Madrid; en especial, recuerdo un día que te acompañé a uno en el centro de la capital, donde me presentaste a un sintecho, del cual ya eras amigo y al que habías regalado una estampita del Atlético de Madrid, club del que era aficionado aquel hombre. Si podías hacer feliz a alguien, no dudabas en invertir tu tiempo para lograrlo, sea quien fuere.

**Omnipresencia.** Por último, quiero destacar tu omnipresencia. Algo que ahora cobra aún más sentido, pero que, al menos, para mí lo ha tenido siempre. Eres mi hermano mayor, pero, por desgracia, siempre hemos vivido alejados. Eso no ha provocado que nos distanciáramos con los años y perdiéramos el contacto; más bien, todo lo contrario. Pese a estar a seiscientos kilómetros de distancia, te tenía siempre

disponible, y te he sentido siempre más cerca que mucha de la gente que te tenía a menos de un kilómetro. Nuestras conversaciones eternas, hablando de todo, rememorando los mejores recuerdos y organizando algún plan para vernos cuanto antes. Estoy convencido de que nada va a cambiar, todos te vamos a sentir cerca y nos vas a cuidar desde el cielo, alegrándote por cada paso que demos en la vida y brindando con nosotros en cada comida, celebración o fiesta que hagamos.

¡TE QUIERO MUCHO, HERMANO!  
¡VISCA EL BARÇA!

*CARTA EN EL REENCUENTRO*

Por Alfonso Coronel de Palma, Fon o Corito  
Querido Fonchu:

¡Quedan tantas cosas por contarte!

Sé que estás donde están los justos y buenos, pero... ¡cuánto me faltas! Quería decirte que te echo mucho de menos. Que te voy a tener conmigo siempre. Que, a pesar de todos nuestros desencuentros, me siento un afortunado por haberte tenido en mi vida. Has sido un amigo que no he merecido, y daré gracias a Dios toda mi vida por haberte tenido conmigo.

Me has enseñado a intentar ver la vida con los ojos que solo la inocencia de un niño te dan. ¡No sabes lo difícil que es evitar pensar que este o aquel te quieren hacer daño! Y, sin embargo, tú eras capaz de ver la bondad de las personas, agarrarte a ella y disfrutar. Tu felicidad era tan arrollante que a pesar de tus despistes y deudas, con tu sonrisa y tu andar, hacías que todo se nos olvidase.

Has sido y serás mi peor mejor amigo.

Decía Borges —qué cursi sueno—: «La diferencia entre el amor y la amistad es que la amistad no necesita frecuencia»; bien, eres la excepción que confirma la regla. Si ya necesitábamos de tu presencia, ahora, si cabe, un poco más. Me agarro lo más fuerte que puedo a la esperanza de nuestro reencuentro.

Todavía me acuerdo del abrazo que me diste cuando nos conocimos, igual que me voy a acordar siempre del que me diste en mi boda que, a la postre, será el último hasta nuestro encuentro en la casa del Padre.

Perdóname todo lo que no pude estar a la altura, y júntate con mi jefe ahí arriba; con lo que os gusta a los dos debatir, no os aburriréis. Sé que me cuidas y te llevaré siempre conmigo.

Te quiero y te echaré siempre de menos.

Tu amigo Fon

## CARTA A UN AMIGO

Por Bruno Rein (Buddy)

Hola, Fon:

Sé que estás aquí; tu esencia ronda por el aire y tu recuerdo permanece intacto. A pesar de que en los últimos años nuestra relación se fue espaciando un poco —cosas que suelen pasar cuando nos hacemos mayores—, quería recordar contigo momentos inolvidables que marcaron nuestra infancia y que, de la cual, a día de hoy, solo puedo sentir felicidad y nostalgia.

Compañeros de clase por muchos años y mejores amigos durante muchos otros, que se dice poco. Éramos dos niños completamente ciegos de felicidad, risueños y adictos a la risa. Creo que, junto con otros grandes amigos que marcaron nuestra infancia —como Tito, Agustín, Emilio, Pedro, Marco y alguno más que me dejaré—, tú y yo destacábamos especialmente por ser las dos personas que más disfrutaban con la risa. Cuando hago un viaje al pasado, estas son las principales cosas que vienen a mi mente, repartiendo oxitocina a diestro y siniestro por todo mi cuerpo:

- Recuerdo cómo nos gustaba, como niños que éramos, ser un poco *cabroncetes* con nuestros propios amigos, poniéndoles motes ridículos que solo entendíamos nosotros. Era un no parar.

- Recuerdo cuando un viernes cualquiera en clase —ya fuera con Feli, Lina, Fuencisla, o alguna otra profesora un poco bruja— armábamos un plan estratégico para que, a la salida del colegio, pudiéramos convencer a nuestros respectivos padres de que nos íbamos a casa de uno u otro para disfrutar de la tarde y, si había suerte, a pernoctar allí.

- Recuerdo tu casa de Mirasierra como si fuera ayer, en la que disfrutábamos de la gran pantalla, esa que tenías, por la que todos te envidiábamos.

- Recuerdo los cumpleaños que hacíamos con miles de pizzas a domicilio mientras nos bañábamos en la piscina tirándonos de bomba.

- Y recuerdo esas escapadas a Medinaceli, en las que tus abuelos —santos ellos— tenían que aguantar a unos cuantos niños

revolucionados y excitados mirando a ver si el dinosaurio gigante del Museo Paleontológico tenía pene o no.

En fin, recuerdo muchas cosas, pero lo que nunca se me olvidará es lo cariñoso, cercano y atento que fuiste siempre, a pesar de que, como he dicho antes, el tiempo pusiera algo de distancia entre nosotros.

Recuerdo que la última vez que nos vimos fue en Milán. Casualmente, coincidimos por una novia mía que vivía allí. Charlamos, nos pusimos al día y nos pegamos una buena fiesta tú y yo solos, mano a mano, sin que nada más importara. Menudo regalo.

Todos esos reencuentros que tuvimos, una vez nos fuimos haciendo mayores, eran siempre viajes en el tiempo a esa infancia escondida y añorada. Viajes en los que volvía a reír como un niño, a disfrutar de esa energía tuya que tanto te caracterizaba. Hacías algo muy bonito y que muy poca gente consigue: conectarme de nuevo con mi niño interior, ese en el que solo abunda paz, amor y felicidad. Un yo, un nosotros a los que nada malo podía pasar.

Todo eso, querido amigo, es algo que jamás olvidaré y siempre recordaré.

Ahora, después de haber podido trascender espiritualmente, le doy incluso más valor, si cabe, a esa sensación; y solo me queda sentirme muy agradecido de haberte tenido en mi vida porque todo lo que me enseñaste, todo lo que me diste, sigue en mí.

¡Gracias, Fon!

Para siempre, amigo.

## NÓMADAS

Por Javier Carvajal (Carvo)

Un relámpago resquebrajó el cielo de Palamós. Nos iba a caer la mundial; «la de Dios», aseguró Fonch entre unas carcajadas no muy convincentes. Lo cierto es que tenía toda la pinta y él toda la razón. No daban las ocho de la tarde y, sin embargo, la noche ya era cerrada. Cosa mala, teniendo en cuenta que el mes de julio estaba bien entrado en ciernes. Un manto oscuro como el demonio cubría toda la playa de La Fosca. No quedaba prácticamente un alma ahí fuera: algún imprudente y un par de *atontaos*. Estos últimos éramos nosotros. Total, que —como cabía esperar— empezó a jarrear. Fonch se rascó la cabeza y pidió auxilio con la mirada. Con nosotros estaban su prima Sofi y la amiga de Sofi que, para variar, también se llamaba Sofi. Las Sofis. No obstante, a quien Fonch había mirado era a mí. Yo me encogí de hombros, con expresión circunspecta, como diciendo «y yo qué quieres que haga, Fonch». Ajenas a todo —y con todo me refiero esencialmente a la cuestión meteorológica—, las Sofis se pusieron a cantar y a bailar bajo la lluvia. No entendía nada. Había que largarse de allí. Me entraron las prisas e hice además de batirme en retirada, pero Fonch me enganchó del cuello con su enorme brazo y me arrastró al barro; sencillamente, no podía dejar que yo me perdiera aquel momento místico de felicidad por una absurda e injustificada sensación de angustia. Compartir la felicidad, esa era la vocación de Fonch. Y así fue como acabamos los cuatro, como unos pirados muy felices, danzando en la más absoluta inconsciencia, sin tener muy claro cómo ni dónde dormiríamos aquella noche. Por el momento, podíamos decir adiós a nuestra particular aventura de nómadas.

Eso es un poco lo que habíamos ido a hacer a la Costa Brava: acampar durante una semana en diferentes playas y calas, disfrutar de la gastronomía catalana —esa que ofrecían los supermercados más rancieros de la zona—, leer algún que otro libro y aprovechar para escuchar, al calor de una discreta hoguera, las canciones raras de los grupos raros que le gustaban a Fonch. Todo ello formaba parte,

en realidad, de la excusa, del plan perfecto que Fonch había urdido para reparar pequeñas grietas que habían surgido en los rincones más ridículos de nuestra angosta y genuina amistad. El último año no había sido fácil. Fonch y yo habíamos tenido nuestros más y nuestros menos; diferencias a la hora de entender determinados aspectos de la vida, como las maneras de afrontar según qué problemas. Por supuesto, nada que haya quedado; nada que vaya echarle en cara nunca, a pesar de que sí lo hiciera por aquel entonces. A fin de cuentas, fue él, y no yo, quien tomó cartas en el asunto y decidí poner fin a todas aquellas estupideces.

«Carvo, tío», me dijo uno de esos días agrios, enganchándome por el cuello como siempre hacía, «¿por qué no cogemos el coche y nos vamos los dos por ahí de acampada? Lo necesitamos».

Lo verdaderamente importante siempre fue la amistad; y él, más que nadie, lo sabía. Siempre lo supo. Gracias a él —gracias a ti, amigo mío— puedo escribir estas líneas que tan buenos recuerdos me traen y que inol, no se perderán en el tiempo como lágrimas en la lluvia.

*Nómadas*, así se llama el relato que Fonch escribió sobre nuestro viaje a su amada Costa Brava. Me lo envió, casi tres años después, bajo el mensaje: *mejor tarde que nunca*. Por eso yo, casi tres años después de recibirlo, quería hacerle ahora un sentido homenaje como epítome de nuestros más de once años de relación, de una amistad que ha sido, es y será eterna. Mejor tarde que nunca.

Te quiero, hermano.

Gracias por haber formado parte de mi vida.

Querido hermano:

Gracias. Gracias por tanto. Gracias por todo. Todo lo que me has enseñado, todo lo que me has hecho vivir, todas las risas, llantos, broncas, peleas y experiencias vividas juntos, tanto cuando ha lucido el sol, como cuando el dolor ha salpimentado la vida.

Podría agradecerte y memorar muchísimas aventuras, viajes o anécdotas juntos, pero indudablemente me quedo con todas las conversaciones que hemos tenido desde niños. Conversaciones y discusiones sobre absolutamente todo: estudios, deportes, viajes, mujeres, trabajo, literatura, mujeres, paternidad, matrimonio, mujeres, intentos de historia, mujeres, teología, algo de filosofía y hasta política. Coloquios que en origen parecían efímeros, pero serán perpetuos. «Pedro, tío, te preocupas demasiado», solías decir. «Eso es anacrónico, Peter, si no te das cuenta es que no entiendes una p\*ta mierda», decías mientras subías los hombros y me rebatías con la palma de la mano. Expresiones tan tuyas que, junto con el sonido de tu contagiosa risa o tus eternos y reconfortantes abrazos, seguirán siempre presentes en nosotros con la nitidez propia de si hubieran sido ayer, y con el amor fraterno que te tenemos.

Siempre bromeábamos con que, si yo fuera un poco menos yo y un poco más tú y viceversa, nos iría mucho mejor a los dos. Lo que nunca te he dicho —no te vengas arriba, mamón, que te conozco— es que con ser un poco más tú no solo me refería a tu capacidad de disfrutar al máximo de cualquier cosa en la vida —desde una fruta en su estado óptimo de maduración a una cerveza en cualquier lugar si era rodeado de las personas adecuadas—, sino a tu recientemente exteriorizado sentido de la responsabilidad hacia las cosas importantes de la vida. Tu seguridad al hablar de tu familia —en la que, por supuesto, incluyo a Bruna—, proyectar tu profesión, anticipar tu matrimonio y soñar con vuestra paternidad, me parece admirable. Cuentan que San Agustín de Hipona caminaba por la playa cuando vio a un niño jugando con un hoyo y el agua del mar. San Agustín le preguntó por qué lo hacía, a lo que el niño respondió que intentaba meter todo el agua del mar en el agujero. Al escucharlo, sorprendido, San Agustín le dijo que aquello era imposible, a lo que el niño le

respondió: «Más imposible es tratar de descifrar el misterio de la Santísima Trinidad y la Muerte».

En esta ocasión, hermano Alfonso, te ha tocado a ti primero y aquí has dejado un vacío que solo se puede medir en tamaño cósmico. Pero no te preocupes, porque solo te has mudado al piso de arriba, donde hay gente maravillosa y donde todos juntos brindaremos al son de Krahe y Club del Río en algún momento.

Te quiere, tu hermano.

Pedro de Noreña Onsés

Buenas, Fonchu:

Qué duro se hace escribir estas palabras..., pero toca intentar plasmar un poco lo grande que eres y seguirás siendo. Te conocí gracias a tu hermano pequeño, Félix. Enseguida nos hicimos amigos, cosa que contigo era muy fácil.

Siempre que coincidíamos en Catalunya nos lo pasábamos en grande. De las cosas que más me impresionaban, cuando se hablaba contigo, era la cultura que se desprendía de tus palabras, de ellas podías sentir con envidia la gran cantidad de libros y la gran visión de la vida que tenías.

Por otro lado, eres uno de los tíos más campechanos que he conocido, te bastaba cualquier pequeño detalle para ser feliz, y eso demuestra la grandeza de una persona.

Fueron muchas las fiestas y risas que compartimos. En el recuerdo siempre quedará el tortazo a Cupons en la bodega de Can Llovera, sitio donde siempre te recordaremos, nos emocionaremos, ¡¡pero, sobre todo reiremos, Fonchu!!!

Que sigas dominando el aro ahí arriba, aquí abajo no te dejaremos de querer.

¡Gracias, amigo!

Dedicado a Fonchu, mi querido amigo del alma.

De Alfonso a Fon, Fonch o Fonchu, entre otros muchos apodos. La evolución de un mote que refleja nuestro crecimiento en común.

Fonchu, tú, mi confidente, cómplice en la vida y compañero de fatigas, hoy te dedico estas palabras sentidas:

Un ser de alma bondadosa y la más noble que he conocido, que disfruta de las pequeñas cosas y encuentra la pureza en los detalles escondidos.

Tu corazón es un océano de ternura, siempre dispuesto a escuchar y a sentir los problemas o alegrías de los demás como propios.

Desde los días en el colegio hasta nuestros viajes, compartimos risas, aventuras y aprendizajes.

La música y el baloncesto, pasiones sin cesar; tu alegría contagiante, difícil de olvidar.

Tu forma de vestir, única y sin igual, reflejaba tu personalidad, tu estilo fenomenal.

A punto de casarte con Bruna, tu alma gemela, estar a tu lado como testigo, un honor. ¡Vaya tela!

Tu trabajo y tus sueños colmados de ilusión; aunque te hayas ido, tu felicidad será eternamente un don.

Tu fe inquebrantable en la vida más allá nos inspira a creer en un futuro lleno de esperanza y amor.

Tus palabras resonarán en nuestros corazones, recordándonos que la partida no es el final, sino un nuevo comienzo.

Fonch, ya extraño tus risas contagiosas y tus ansias de saborear cada bocado en la mesa. Pero tú vives en cada uno de nosotros, en la familia y amigos que has formado y que siempre vas a estar a nuestro lado.

Hoy dedico estas palabras en tu honor, aquel amigo que ha dejado un vacío difícil de llenar.

Descansa en paz, querido Fonchu, tu luz seguirá brillando y nunca dejará de alumbrar.

Con lágrimas en los ojos te despido con amor, tu recuerdo vivirá más allá del dolor.

# GENEROSIDAD

EMILIO GOMARIZ

Fonchu, mi ahijado, descansa en eternidad. Siempre te llevaré conmigo en mi realidad.

Te quiero,

Emilio Gomariz (*Apóstol Pol*)

A mi amigo Fonchu:

Quiero darte las gracias por ser de esas personas que marcan la diferencia y dejan huella.

La vida está llena de momentos cotidianos que suelen pasar desapercibidos. Sin embargo, de ti he aprendido que, si disfrutamos plenamente de cada uno de ellos, se transforman en anécdotas inolvidables, incluso cuando ya no estamos.

También me has enseñado a convertir la felicidad de los demás en la mía propia. Y, es que, a través de esa fuerza e ilusión con la que siempre has recibido noticias positivas de los demás, he aprendido a encontrar alegría en los triunfos ajenos, convirtiéndolos en una celebración compartida. Admiro la forma en que te apropias de esos momentos y los haces tuyos.

He aprendido a saber reirme de mí mismo. Con ese bigote tuyo tan característico y aquel peto azul de *Teo* que no te quitabas, me has enseñado la importancia de aceptarnos con nuestras virtudes y defectos hasta el punto de permitirnos bromear con ellos.

De ti he aprendido la esencia de un liderazgo genuino que supera cualquier otra forma: liderar desde la bondad. Has demostrado ser capaz de unir a grupos heterogéneos de amigos, logrando que cada uno se sienta acogido y cómodo. Eres la definición de persona *hogar*, alguien que brinda calidez y confort a todos los que te rodean. Tu afán por asegurarte de que todos disfruten tanto como tú, con tu inagotable entusiasmo de: «Qué bien los estamos pasando, ¿verdad?», es realmente admirable.

Si ya cuidabas de todos nosotros, no tengo duda de que ahora lo harás aún más con esa bondad proporcional a tu tamaño.

Gracias por todo, hermano.

Gonzalo Astolfi

## LA CUMBRE ETERNA

Por Ignacio Borondo (*Boro*)

Fonchu, ¡amigo!

Dicen que son tiempos de dudar y de buscar respuestas, pero al releer una dedicatoria que me hiciste y que cito textualmente: «(...) las infinitas conversaciones que hemos tenido han fraguado el carácter solemne de estas palabras. Que sean más las conversaciones, para que nuestra forma de interpretar la vida siga evolucionando conjuntamente», opto por no dudar y por no buscar respuestas baldías porque sé cómo interpretas la vida: la muerte no es el final.

¿Acaso hay algo que nos guste más que sentarnos a recordar todo lo que hemos vivido y reinos de las infinitas anécdotas, amigo? No, sin lugar a dudas, no. ¡Recordemos entonces! Todo comenzó en ese primer día de universidad, cuando fuimos los únicos de clase que nos reímos de una broma con el menor de los sentidos —una risa que nos hizo amigos inseparables—; siguió con nuestro verano en Mallorca y Menorca, ¡cuánto hemos disfrutado de esta isla juntos, hermano!; con nuestras ascensiones a Aitz Txiki, en las que conquistada la cumbre y mirando al infinito, una vez, nos dijimos: «¡Sí, este es nuestro lugar en el mundo!»; con nuestros días de Semana Santa bajo el tejo de Abadiano, en los que con una buena IPA hemos compartido nuestras inquietudes y anhelos; con nuestras escapadas a Medinaceli, en las que con tu característica inocencia nos decías lo feliz que habías sido siempre allí con tu familia y, en especial, con tus abuelos; y con nuestras queridas calçotadas en Can Lloró, en las que nuestro hermano Félix siempre ha ejercido como inmejorable maestro de ceremonias.

Como bien saben nuestros amigos, podríamos seguir y seguir, pero, si Dios quiere, ya tendremos todo el tiempo del mundo... Mientras tanto, te dejo algunos de los muchos lugares que hemos disfrutado juntos para que vayas pensando qué anécdotas vamos a contar y qué matiz nuevo vamos a incluir: Barcelona, Sierra Nevada, San Sebastián y su Behobia, San Fermín, Londres, las Fallas de Valencia, Milán, San Mamés, el Camp Nou, Campoamor, Marín y su Ciento,

nuestros finales de año, La Rioja y, por supuesto, Madrid, donde hemos crecido juntos.

Aquí seguimos en marcha, Fonchu, pero no quiero dejar de aprovechar estas líneas para darte las gracias. Gracias por enseñarme a disfrutar de las cosas sencillas de la vida, por mostrarme el verdadero valor de la amistad y de la familia, por tu alegría contagiosa y por tu bondad, por tu pasión por viajar —¡cómo hemos disfrutado viajando juntos por nuestra patria, amigo!—, por tus ganas de aprender y entender, por enseñarme que el amor es el ideal al que todo hombre debe aspirar —¡cuánto amor demuestras por Bruna!—, por tu nobleza, por tu sentido del honor, por el cariño a mi familia, por las infinitas conversaciones que hemos mantenido y risas compartidas; y, por supuesto, por estar siempre ahí. Gracias, de corazón, porque siempre estás, Fonchu.

Ahora, amigo, has coronado la cumbre a la que todos aspiramos algún día llegar.

Y mientras me esperas allí arriba, en la cima, quiero que sepas que te voy a echar mucho de menos. Tu voluntad era que fuese tu testigo el próximo día 14 de julio, pero te prometo que lo seré todos los días de mi vida.

Como dijo Machado: «Tras el vivir y el soñar está lo que más importa, despertar». Hemos vivido y hemos soñado juntos, querido amigo. Poco más le podíamos pedir a la vida. Ahora solo me queda a mí lo más importante, despertar.

Sigue inspirando los pasos de todos nosotros, Fonchu. Y cuidanos mucho desde el cielo.

Tu amigo que te quiere,

Boro



Un tibio zumbido de mosquitos me despertó en la madrugada de un día cualquiera en agosto. No era cosa extraña, llevaban levantándome todas las mañanas los últimos seis días. Al principio lo encontraba molesto, pero ahora era el signo distintivo del comienzo de un nuevo día. Compartía tienda con Javier, aunque siempre se levantaba tarde, abrir la tienda y dejarme embriagar por el primer rayo de sol de a poniente era un placer casi sacro. Es raro de decir de una persona con hábitos tan nocturnos, pero las seis de la mañana y el sol sobre las olas habían cambiado mis esquemas. Al menos, durante esos seis días.

Salí de mi tienda. Esta noche nos había tocado dormir en cala Rustella, un paraje único entre el bosque de la costa brava, en pleno cabo de Creus. Era una cala de pequeñas dimensiones, de roca y arena, que se abría al mar Mediterráneo en forma de U. Lo maravilloso de Rustella era su aislamiento, era verdaderamente un paraje perdido, un punto de encuentro real entre el hombre y la naturaleza, tan ansiado por mí y tan apreciado por el resto de mi grupo. Fueron las niñas las que decidieron pausar nuestro viaje para disfrutar de otra noche allí.

Es curioso, pero la libertad, en el mayor sentido de la palabra, siempre es organizada. Mis mañanas, mis mediodías, mis tardes y mis noches siempre estaban organizadas. Después, cuando las niñas se despertaban, desayunábamos juntos. Esta semana nos había unido. Si bien los primeros días éramos meros extraños, ahora éramos un grupo. Javier y yo decidimos emprender esta aventura como viaje de final de carrera. Muchos habían decidido que la mejor forma de disfrutar de un fin de ciclo era pasar unas vacaciones en algún paraíso lejano, pero España era una fuente de inspiración continua para mi amigo y para mí, así que cogimos el coche y nos lanzamos a Cataluña. Pretendíamos disfrutar de una aventura en la naturaleza, algo que nuestros espíritus del nuevo milenio no podían entender.

En el trayecto, en El Golfet, conocimos a dos niñas encantadoras que hacían nuestra ruta, Marisa e Inés. Marisa resultaba simpática, con un toque naif que la hacía muy agradable. En cambio, Inés me tocó de lleno desde el primer momento. Inés tenía un espíritu lleno

de curiosidad, divertida, y una sonrisa con un atractivo que no era fácil de desviar de la mente. Inés tenía rasgos finos, unos ojos de color caramelo y una nariz alargada. Me recordaba a aquellas francesitas que veía en Palamós, en mi adolescencia.

Las dos eran muy guapas, pero no en un sentido exuberante, sino... cómo decirlo... armónico. Eran unas *niñas bien*. Desde nuestro prisma de niños acomodados con un espíritu un poco bohemio, Javier y yo estábamos bastante contentos con nuestra compañía.

El desayuno fue muy divertido. Javier parecía entenderse muy bien con Marisa. Javier provenía de una familia de cuatro hijos. Su padre era militar. Marisa era la cuarta de siete, su padre era un fiel seguidor de San José María. Ambos tenían un fuerte sentido de la familia y un futuro preclaro. Les rodeaba el mismo aura. Veía a Javier contento. Javier era amigo mío desde que comenzamos la carrera. Nuestra relación se había caracterizado por una extraña simbiosis. Ambos éramos diametralmente opuestos, pero ansiábamos ser un poco como el otro. Él era el compromiso, la rigidez y la mente focalizada. Yo admiraba aquello, no era tibio, estaba concentrado. Más que admirarlo, le envidiaba. Javier supongo que admiraba su curiosidad y mi capacidad de crear mi propio sendero. Este viaje era un poco para él, la dosis de libertad que necesitaba.

Parecía que nuestras compañeras tenían perfiles parecidos. Inés era un alma esquivada e independiente con un cuerpo escultural. En cambio, Marisa era una graduada en medicina con una repentina necesidad de vivir y unas curvas de escándalo. Javier y yo compartimos gusto sobre las mujeres, pero en ese momento me resultaba irrelevante.

Terminamos de desayunar. Cuando el sol calentaba más en la mañana, buceábamos. Yo disfrutaba del agua en superficie, no soy gran buceador; pero todos en el grupo reverenciaban la vida submarina, en especial, Inés. Rustella para aquello era un lugar privilegiado. Su entrada cóncava al mar nos regalaba un fondo marino rico en colores. Todo bajo el agua se intensifica, es bastante psicodélico. El *snorkeling* te abre las puertas a un mundo en el que el tiempo es distinto, un mundo en el que solo se escucha el movimiento y la luz es la verdadera fuerza que esculpe un imaginario muy concreto.

Cuando terminábamos, nos sentábamos a disfrutar del sol antes de comer. Era un momento perfecto para charlar, para anhelar conocernos con mayor concreción. Comenzaba como una discusión entre cuatro, en la que Javier y yo bromeábamos el uno con el otro, con cierta fiereza pero sin buscar herirnos, porque bueno... así es como las amistades entre hombres se consolidan. En cambio, entre las niñas, siempre había más cordialidad. En algún punto, la conversación se dividía en dos.

Inés hablaba con pasión del mar. Para ella, Menorca era mi Costa Brava. Inés, como yo, pretendía vivir un verano constante. Le gustaba la soledad de la playa y el ruido de una mesa entre vinos. Era una delicia hablar con ella porque parecía conocerla de antes.

Rustella era, sin duda, distinta a las demás playas de nuestro itinerario. Golfet, Estarrit y Aiguablava eran playas enclaustradas entre colosales acantilados, de una presencia casi mitológica, con grandes formaciones calizas que te hacían sentir con fuerza la mano de Dios Padre. Pero eran playas transitadas, con grandes aglomeraciones. En cambio, Rustella era el final de un gran valle lleno de pinos; mucho menos impracticable, pero inhóspita, lo que la convertía en nuestro patio de recreo.

La comida era sencilla. Solíamos comprar pan y embutido cuando nos movíamos de una cala a otra. Nos sentábamos cerca de las tiendas y regábamos el tentempié con vino. Después hacíamos una pequeña siesta debajo de un gran roble que estaba cerca de la playa. Cuando nos levantábamos, Javier y yo nos íbamos a dar un paseo por los alrededores de Rustella. No era un paseo fácil rodear Rustella, resultaba complicado con sus acantilados y sus formaciones calizas. En la otra cara de Rustella no había cala, pero se podía caminar siguiendo un camino de cabras que llevaba a un peñón. Javier y yo compartíamos pasión por la naturaleza y el camino. Andábamos para hablar, para continuar en movimiento, para encontrar respuestas y para dejarnos embriagar por las incógnitas. Hay algo en el caminar que es incuestionablemente saludable, y caminar y discutir es doblemente saludable. Javier era una persona con una conversación profunda, con un sentido del humor poco marcado pero efectivo. Tenía afán de saberlo todo,

pero no me molestaba porque siempre llegábamos a un punto común. Hablábamos de todo en nuestro paseo: de la vida, de Dios, de nuestro pasado, de nuestro futuro. Era un placer pasear con él en esas circunstancias.

El camino se hacía más duro subiendo al peñón. A un lado, un bosque frondoso; al otro lado, el mar que separa Europa, África y Asia. Cuando llegamos arriba y vislumbramos el Mediterráneo, recordé el optimismo de Chesterton. Recordé que la esperanza reside en la alegría de estar vivo, que esta existencia es en sí y por sí optimista. Javier concordaba en silencio. Dedicué mi paseo a admirar los abruptos acantilados del cabo de Creus. Lo que admiraba de la inmensidad de la naturaleza era la capacidad que tenía un individuo como yo de apreciar kilómetros y kilómetros de acantilado. Desde un punto así, también sentía regocijo escuchando el constante choque del mar batiendo la piedra de los cortados. Resulta violento, pero en cierto modo marca el ritmo de la respiración del mar.

A nuestra vuelta, Javier y Marisa se fueron a buscar leños para el fuego de la noche. Inés se había quedado tomando el sol. Le gustaba la soledad; como yo, apreciaba su propio tiempo y más si era en la naturaleza. Pocas panorámicas mejores que el sol detrás del Mediterráneo y el mar como único reflejo. Mientras me acercaba, apreciaba su cuerpo al sol. Inés tenía unas piernas interminables que invitaban a pasear con sus dedos sobre esa piel dorada. Era delgada y alta, una figura digna de cualquier pasarela. Aunque ella no lo apreciase, sin duda, era una mujer impresionante. Cuando me acerqué, me saludó con una sonrisa. Quizá, su sonrisa había disfrutado en este viaje. Le pregunté por su libro y me dijo que le resultaba aburrido. Me preguntó por mi paseo, y le dije que gratificante. Me senté a su lado y empezamos a hablar de todo y de nada. Inés tenía un sentido del humor maravilloso. Ambos disfrutábamos de nuestra presencia. Cada una de sus carcajadas era un motivo más para congelar aquella conversación en el tiempo. Me hablaba con tanta facilidad de quien era ella y quienes le acompañaban... era una conexión curiosa. Hoy, como todos los días, había desaparecido el sol, pero al contrario que

en los días anteriores, la complicidad y el buen vino habían dado paso a la sensualidad, sin más testigos que los pinos de Rustella. Qué mujer más especial Inés, qué espíritu único y tan parecido al mío.

Después de un rato, aparecieron Javier y Marisa. Era curioso pensar cómo de felices estábamos los cuatro. Éramos recién graduados, con toda una vida profesional por delante llena de éxitos y fracasos, que seguro que nos asustaban. Pero antes de su comienzo habíamos tomado un receso por separado y, gracias a Dios, nos habíamos encontrado.

Javier se puso a formar la brasa y yo echaba la caña al mar. Inés se sentó a mi lado. Era curioso, pero me regocijaba enormemente su presencia. La luz había caído y el aroma de la bruma nos rodeaba. Seguíamos bromeando. Compartíamos vivencias, esperando al pez en un entorno único.

Como había ocurrido en las noches anteriores, no tuve suerte, pero cenaríamos bien de la compra de esta mañana y con buen vino. Algunos, como Kierkegaard, habían afirmado que la verdad estaba en el vino, y yo lo ratifico. Fue una gran cena. No hay mejor aderezo que el ahumado del cedro.

Habíamos colocado el fuego debajo de un gran árbol, entre piedras de la propia playa. Estábamos los cuatro recostados frente al fuego, contándonos vivencias al amparo de un cielo estrellado. A parte del vino, me encendí un canuto. La *hierba* no era un componente de mi vida, apreciaba su función social e introspectiva en los buenos momentos. Un buen canuto potencia cualquier instante, y ese instante merecía ser potenciado.

Parecía que ese viaje, que en un primer momento fue aliviador, ahora se revelaba como un hito de mi vida. Me sentía como Antonio Escotado cuando entonaba aquello de: *mi piel para dentro, empieza mi exclusiva jurisdicción*. Continuamos la noche con el fuego y la oscuridad, discutiendo sobre banalidades. Inés acurrucada a mi lado. Javier y Marisa se fueron temprano a la tienda de las niñas. Esa noche dormiría con la mujer más guapa del mundo.

CAPÍTULO 4: RELIGIOSIDAD DE ALFONSO

Homilía del funeral de Alfonso Carcasona Jr.

Queridos Alfonso y Susana, queridas Blanca y Ana, querida Bruna:

Hoy hace un mes que nos reunimos en mi casa para preparar vuestra boda, con inmensa alegría, ideas, ilusiones, propósitos. No se trata de engañar ni olvidar; tú eres en esta ocasión la que has perdido más futuro, ilusiones y proyectos compartidos. Ninguno de nosotros puede suplir nada, pero cuenta siempre con nosotros en el camino que tienes por delante.

Hace casi veinte años nació esta Parroquia de Santa María la Blanca, sin iglesia, con una capilla prestada, en un Monte Carmelo con pocos edificios. Lentamente, nació una comunidad de vecinos que fueron conociéndose poco a poco en el interior de la ermita de Fuencarral, y en el gran espacio existente ante su entrada, en la que nos reuníamos en amigables grupos antes y después de la misa. El trato mutuo, la oración compartida, los problemas comunes fueron creando la comunidad. Así nació la amistad con los Carcasona y tantas otras familias que se ha prologado a lo largo de los años.

Quiero recordar en estos momentos, de manera especial, a un grupo de jóvenes, especialmente cercanos a Alfonso, a quien acompañaron hasta el final: Félix, Javier, Alfonso, Boro, Gonzalo, Emilio, Pedro. Ellos me recuerdan de manera sorprendente el modo de amistad, cercanía, colaboración, que me están muy presentes en este momento en el que quiero recordar la necesidad de comunidad.

Nos reunimos en esta eucaristía en este marco de dolor y amistad compartida, una comunidad muy plural, compuesta de personas diversas que nos estimamos, apoyamos y caminamos juntos, en un ámbito religioso, de fe y esperanza.

Durante estos días pasados hemos vivido y rezado juntos muchos de nosotros. Ahora, en esta parroquia repleta de familiares y amigos, tanto de la familia, en general, como de amigos de nuestros dos Alfonsos, expresamos algunos pensamientos seguramente compartidos.

Hoy en día, para muchos conciudadanos, la presencia de Dios, de los sentimientos y expresiones religiosas se reducen muy a menudo al puro interior de las conciencias, de forma que en la vida cotidiana

se va imponiendo la cultura de la ausencia de Dios, reduciendo su existencia a algunos acontecimientos sociales, como los funerales y los matrimonios.

Teniendo en cuenta esta nueva costumbre social, al tiempo que vivimos este momento tan entrañable de ausencia y dolor compartido, me pregunto si esta actitud secularizadora de la vida no nos estará llevando al olvido de lo *únicamente necesario*, es decir, el de la confianza incondicional en Dios y en su amor, el sentido de su presencia entre nosotros. A pesar de estos hábitos que se van imponiendo, la experiencia de este momento nos confirma que existe en el fondo de todo cuanto nos rodea un evangelio que nos asegura que contamos siempre con la presencia de Cristo, que es la luz y la vida de todas las cosas. Recordemos a Pascal en estos días de dolor: «Fuera de Jesucristo no sabemos qué es la muerte ni qué es la vida, ni qué es Dios, ni qué somos nosotros mismos».

(Vida y muerte)

Vivir es esperar, caminar, ir al encuentro del Señor; morir es ver a Dios cara a cara. Morir consiste en cerrar los ojos para ver mejor, encontrarse en la casa del Padre con las personas queridas, comprender finalmente quiénes somos y cuál es el sentido de nuestra vida. En realidad, es el sentimiento religioso lo que lleva al ser humano a no contentarse con la muerte, sembrando en nuestro interior el anhelo de la inmortalidad. La muerte es la medida irrefutable de nuestra capacidad de afrontar el sentido de nuestra existencia. Por esta razón, solo conocemos el significado profundo de la vida si hemos experimentado de alguna manera el sentido de la muerte; es decir, la sensación profunda de la nada y del vacío interior, la angustia de nuestra fragilidad ante el abandono, la infidelidad, el desprecio, la soledad. Esas *muertes* que acechan nuestras vidas en los momentos más impensables, pueden paralizar nuestra existencia si no somos capaces de renacer desde lo más profundo de nosotros mismos, para reencontrar sentidos y horizontes nuevos. «No pienses tanto en la muerte, piensa más bien en cómo vives y en cómo afrontas las últimas preguntas de esta vida», nos indicó Newman.

A la muerte solo se responde con la resurrección, con el amor recibido y compartido, que nos convierte a cada uno en un ser irrepetible, irremplazable. Solo el amor nos hace únicos, ser amados por nuestro propio nombre, por nosotros mismos. Es el amor de Dios, el amor entre nosotros; el vuestro, Susana y Alfonso; el tuyo, Bruna, por Alfonso Junior. La lectura de vuestras recientes reflexiones, amigos de Alfonso, demuestran también cuanto acabo de expresar.

«Los hombres mueren y no son felices», comenta Calígula en la obra de Albert Camus, que marcó las inquietudes existencialistas de mi generación. En realidad, es la queja del hombre de todos los tiempos. «...y si muero ya nada tiene sentido», tal como declaró Unamuno en un momento de angustia, «¿puedo ser realmente feliz si todo es caduco, si nada tiene futuro?».

«Te basta mi gracia», respondió por su parte Dios a San Pablo, desconcertado ante sus dificultades. Si aceptamos la propuesta de Dios, la vida se puebla de sentido, alienta una esperanza, parece germinar la formación de una nueva forma de vivir. Nos consta que Alfonso pensaba y quería vivir de esta manera en medio de sus contradicciones.

No todos mueren de igual manera. No todos dejan solos a sus cercanos de igual manera. ¡Qué solos se quedan los vivos en algunas ocasiones! ¡Qué solos se quedan los muertos en otras! Es ahí cuando se nos exige comunidad y cercanía con quienes son, de hecho, hermanos de nuestra comunidad creyente, en una sociedad enfrentada y tan poco fraterna o solidaria como la actual. Es aquí cuando recobra todo su sentido la expresión teológica del *cuero místico de Cristo*, la fraternidad de quienes creemos tener un único Padre, tal como recitamos tan a menudo en el Padre Nuestro. Examinémonos seriamente en este tema y recordemos la existencia de tantos hijos de Dios en pura soledad junto a nosotros, y en nuestra obligación de acompañarlos.

Este es el tema. La gran tarea del cristiano en el mundo de hoy es encontrar la asociación entre Dios con la muerte y con la vida de cada día. ¿Qué sentido tiene la muerte sin Dios? ¿Debemos condenarnos a terminar siendo polvo definitivamente, sin esperanza, sin continuidad? «Para el que ama el tiempo es la eternidad», escribió

el poeta, subrayando ese deseo y convicción de lo más sublime del ser humano; el amor no tiene fecha de caducidad. «Hoy estarás conmigo en el paraíso», fue la abrumadora respuesta de Jesús en la cruz.

Dios, muerte, amor y ternura. Tres conceptos, tres realidades que podemos y debemos armonizar y conjugar cuando intentamos dar sentido a nuestra vida de seres humanos y de creyentes.

La comunidad de los creyentes está compuesta por hombres y mujeres pecadores, también los santos lo son, y en esto consiste nuestra precariedad y fragilidad. Pero el amor, la fraternidad y la solidaridad son también características fundamentales de esta Iglesia, y por ello hablamos de una comunidad en la que, existiendo la gracia y el pecado, el amor acabará triunfando. No en vano, Cristo permanece siempre con y en la comunidad, tal como prometió en su resurrección. No caben en ella actitudes de derrotismo y desesperanza, sino de humildad y fraternidad.

Jesús habló siempre de nueva vida, de cielos nuevos, de nueva tierra, y hoy nos sigue mandando un mensaje siempre nuevo: «Queridos, os dejo en un mundo aturdido por la fascinación de la apariencia, en una cultura que conoce el precio de cada cosa, pero no el valor de cada uno. He buscado ser para vosotros padre, hermano, compañero, quise amaros tanto a cada uno de vosotros y puse mi vida en ello».

Hoy Alfonso lo ha conocido cara a cara.

LECTURA DEL CANTAR DE LOS CANTARES

Márcame como sello en tu mente,  
como una pulsera en tu brazo yo quiero ser.

Porque es duro Amor como Muerte,  
voraz como Abismo es Deseo,  
sus flechas son carbones ardientes,  
son llamas de Dios.

Ni las aguas del infierno lo apagan  
ni los ríos anegan el amor.  
Si alguien ofrece millones  
para comprar la ternura,  
qué asco, qué ridículo haría.

PALABRA DE DIOS

SALMO RESPONSORIAL

*Habitaré en la casa del Señor  
por días sin término.*

El Señor es mi pastor, nada me falta,  
en verdes praderas me hace recostar;  
me conduce hacia fuentes tranquilas  
y repara mis fuerzas;  
me guía por senderos de justicia  
como pide su título.

*Habitaré en la casa del Señor  
por días sin término.*

Aunque camine por cañadas oscuras,  
nada temo: tú vas conmigo;  
tu vara y tu cayado me sosiegan.

*Habitaré en la casa del Señor  
por días sin término.*

Me pones delante una mesa  
frente a mis enemigos;  
me unges con perfume la cabeza,  
y mi copa rebosa.

*Habitaré en la casa del Señor  
por días sin término.*

Tu bondad y lealtad me escoltan  
todos los días de mi vida;  
y habitaré en la casa del Señor  
por días sin término.

*Habitaré en la casa del Señor  
por días sin término.*

## LECTURA DE LA PRIMERA CARTA A LOS TESALONICENSES

Acerca de los difuntos quiero que no sigáis en la ignorancia, para que no os aflijáis como los demás que no tienen esperanza. Pues, si creemos que Jesús murió y resucitó, lo mismo Dios, por medio de Jesús, llevará a los difuntos a estar consigo.

Esto os lo decimos apoyados en la Palabra del Señor: los que quedemos vivos hasta la venida del Señor no nos adelantaremos a los ya muertos; pues el Señor mismo, al sonar una orden, a la voz del arcángel y al toque de la trompeta divina, bajará del cielo; entonces resucitarán primero los cristianos muertos; después nosotros, los que quedemos vivos, seremos arrebatados con ellos en nubes por el aire, al encuentro del Señor; y así estaremos siempre con el Señor. Así pues, consolaos mutuamente con estas palabras.

**PALABRA DE DIOS**

## PROCLAMACIÓN DEL SANTO EVANGELIO SEGÚN SAN JUAN

Ha llegado la hora de que el Hijo del hombre sea glorificado —afirmó Jesús—. Os aseguro que, si la semilla de trigo no cae en tierra y muere, se queda sola. Pero si muere, produce mucho fruto. El que ama su vida la pierde; en cambio, el que no se agarra a su vida en este mundo la conserva para la vida eterna. Quien quiera servirme debe seguirme; y donde yo esté, allí también estará mi siervo. A quien me sirva, mi Padre lo honrará.

Ahora mi alma está angustiada, ¿y acaso voy a decir: «Padre, sálvame de esta hora difícil»? ¡Si precisamente para afrontarla he venido!  
¡Padre, glorifica tu nombre!

Se oyó entonces, desde el cielo, una voz que decía: «Ya lo he glorificado y volveré a glorificarlo».

PALABRA DEL SEÑOR

## EUCARISTÍA DE ACCIÓN DE GRACIAS POR LA VIDA DE ALFONSO CARCASONA PRATS

29 de junio de 2023

Introducción a las peticiones (*Coplas por la muerte de mi padre*, de Jorge Manrique).

Esta vida es breve, caminamos hacia algo más grande.

Este mundo es el camino  
para el otro, que es morada  
sin pesar;  
mas cumple tener buen tino  
para andar esta jornada  
sin errar.

Partimos cuando nacemos,  
andamos mientras vivimos,  
y llegamos  
al tiempo que fenecemos;  
así que, cuando morimos,  
descansamos.

## PETICIONES POR LA FAMILIA

1- Por la familia que se inició el 18 de enero de 1992, habiendo nacido para la felicidad, y que hoy aquí reunida da las gracias por la vida de Alfonso, haciendo más propio que nunca que nacemos para ser eternos, pero no inmortales. Dale fuerza y ánimo para que ese amor con apego, que parece quebrado, se transforme en una pacífica convivencia con un *hasta luego* inexorablemente impuesto. Para que sean conscientes que juntos conseguirán transformar la separación que hoy les embarga en un sentimiento de amor y bondad al que todos nos uniremos.

2- Por las familias de las que ellos proceden —Blanca, Virginia, Manolo, José María—, para que su amor baste para hacernos a todos comprender que el Padre cuida de todos. Que nos ayuden a confiar y esperar en esa figura del Padre que ellos encarnaron cuando vinimos a este mundo. Para que ellos, desde el rellano desde el que nos contemplan, iluminen y disipen los engaños que nos desvían de lo verdaderamente importante, y nos ayuden a sacudir el polvo del camino.

3- Por la familia de amigos, la que ellos han ido formando a lo largo de todos estos años; para que juntos, formando una comunidad de oración, rezando juntos, nos ayudemos y mantengamos todos la fe; esa fe que lleva inscrita un deseo de felicidad que no se colma en esta vida, pero no por eso se extingue. Para que estas tres familias, en unidad de destino, nos reunamos en el cielo haciendo verdad la meta de la eternidad.

4- Que juntos encaucemos el dolor por la separación, en comunidad de bondad, y que el amor por Alfonso se transforme en un sentimiento de cercanía que nos ilumine en los momentos no tan claros de esta vida, haciendo nacer un vínculo nuevo, fuerte y distinto. Hablándole, rezándole y haciéndole nuestro intercesor ante Dios Padre.

Por Fonchu, que la luz eterna brille sobre él y su testimonio nos guíe en la esperanza del reencuentro en la Casa del Padre. Roguemos al Señor.

Por Bruna, para que con el amor de Dios, de Alfonso y de todos nosotros encuentre consuelo y esperanza. Roguemos al Señor.

Por todos y cada uno de nosotros, para que urgentemente seamos capaces de vivir con más pausa y de apreciar en cada instante a quienes están a nuestro lado, tanto en su presencia como en sus ausencias. Roguemos al Señor.

Por nuestros seres queridos ya fallecidos, para que acojan con amor a Fon en el Reino de Dios. Roguemos al señor.

*Del brazo de la hermana muerte*

De Santos Urías, párroco de San Millán y San Cayetano.

En nuestros días y en nuestra sociedad actual parece que hay ciertos temas velados: el dolor, la enfermedad, la fragilidad, la muerte. Se oculta y se esconde como si de algo inapropiado o sucio se tratase. Es contractual. En las conversaciones se evita; a los niños se les disfraza; no se educa para convivir con lo que nos produce algún tipo de sufrimiento.

El otro día unos muy buenos amigos perdieron a su hijo en plena juventud en un accidente de tráfico. En estas circunstancias no sabes muy bien qué hacer, ni tampoco qué decir. Parece que siempre es mejor el silencio, la presencia amiga, el abrazo. Su dolor se prolongó: tuvieron que esperar para poder donar los órganos y que pudiesen salvar o ayudar a otras vidas. La muerte es así: a veces se va gestando, forma parte de un proceso natural, se acompaña. Otras nos sorprende, no nos espera, juega con nosotros, pareciera que se ríe, se dibuja. Mirar a los ojos a la muerte tiene algo de desafío a la vida. Nos lo enseña ese texto tan precioso de san Francisco de Asís en su *Cántico a las criaturas*: él nos habla de la «hermana muerte» como algo familiar, que nos acompaña, inherente a nuestro ser. Cara y cruz de una misma moneda. Aprender a vivir y aprender a morir: la verdadera asignatura de todos los tiempos. Darle la espalda no hace sino prolongar nuestros delirios y nuestras esquizofrenias. Qué diferente es agarrarse del brazo de nuestra hermana muerte para seguir aprendiendo a vivir con la intensidad y el valor de cada nuevo día.

Mis amigos saben que el buen Dios nunca les ha soltado de su mano. Muchas cosas no las entienden, hay una herida profunda en sus corazones y un vacío en los atardeceres. La calidad de nuestras vidas no se mide ya por el tiempo o por el espacio. La calidad de nuestras vidas está marcada por el sello del amor. Un amor engendrado, cultivado, proyectado, compartido. Amor que provoca la esperanza, que genera luz, que no es una ensoñación para consolar a los ilusos. Así, cogidos del brazo de la hermana muerte, pasean por el parque, sin miedo en la mirada, pisando las hojas del otoño y esperando una nueva primavera.

### CARTA ABIERTA A NUESTROS AMIGOS

Queridos amigos:

Hace un par de meses nuestra familia pasó por uno de esos momentos que cambian definitivamente la vida.

El accidente de Alfonso nos enseñó muchas cosas, amargas unas y agridulces otras. La más bonita, sin duda, ha sido la maravillosa manifestación de amor que hemos recibido de vosotros, que nos ha desbordado y por la cual nunca os podremos estar lo suficientemente agradecidos.

Esta carta busca, principalmente, eso: el agradecimiento. Compartir con vosotros algunas de las enseñanzas recibidas, abriéndoos nuestro corazón para devolveros un poco de lo mucho que nos habéis dado.

Alfonso fue, fundamentalmente, un buen tipo. Una buena persona que disfrutó mucho la vida que le tocó vivir, y que hizo feliz a mucha gente. Por supuesto, a sus padres y hermanos, a su prometida y a sus amigos. Pero también, como hemos podido comprobar después, a mucha gente con la que tuvo breve contacto, sobre todo, en el ámbito de su profesión.

Hemos descubierto al poeta, al pintor, a la persona comprometida con la vida. Como dijo su amigo Coronel, *al peor mejor amigo que se puede tener*. Como padres, hemos podido comprobar con orgullo el inmenso amor, la preciosa historia que había construido con Bruna. Hemos asistido a la despedida tranquila, emocionada, profunda de sus amigos, que hoy ya sentimos como nuestros. Hemos podido compartir el dolor con muchos otros amigos nuestros, que hoy podemos llamar hermanos. Por último, el gran efecto que no podíamos imaginar, la canción que acompañó su poema *El adiós*, y que nos enseña que el *amor con esperanza no es lejanía sino cercanía*.

Hemos podido agradecer la vida de Alfonso. Como él decía, citando a San Agustín: «La vida no es el final». Con esa gratitud y certeza de que así lo hubiera querido, dio la posibilidad de vivir a

## GENEROSIDAD

varias personas en las que hoy están sus órganos, y con ello continuar viviendo, no solo en Dios sino en este mundo.

Como decíamos al principio de esta carta, nos atrevemos a compartir con vosotros un par de reflexiones desde lo más profundo de nuestro ser. Es nuestra humilde manera de daros las gracias, que esperamos no veáis muy osada.

La primera enseñanza recibida es la confirmación absoluta de las únicas certezas que podemos tener acerca de la vida: su fragilidad y su incertidumbre. Nuestra vida es, ante todo, frágil e incierta; lo que se demuestra, fundamentalmente, cuando ocurre un ACONTECIMIENTO. García Baró lo define como: «la llegada súbita de lo inesperable», JM Esquirol como: «un hecho desbordante de significación, un hecho cuya significación pide respuesta... aunque esta pueda estar eventualmente ausente». Pero ambos filósofos coinciden en que la única manera de superarlo es buscar el sentido. No buscar simplemente el porqué, sino el para qué; en este caso, de nuestra vida. Encontrar el sentido es esencial.

La aproximación al misterio, aquellas preguntas que no tienen respuesta sin una explicación trascendente, implica que la única salida es seguir adelante.

Ese acontecimiento, en este caso ese dolor con el que no contábamos ni estábamos preparados para asumir, pasa a conformar nuestra vida, que ya no será como ayer. Desaparecen las seguridades y, como Adán y Eva, nos damos cuenta de que estamos desnudos frente a la vida, y que una mísera hoja de parra no nos puede proteger ante ella.

¿Qué hacer entonces? Buscar el sentido, el para qué de nuestra vida. El verdadero sentido de la misma. Nos han arrancado una parte de nuestro ser; nos han arrebatado su compañía, su historia futura. La sacudida ha sido de tal magnitud que ha partido una de las ramas de nuestro árbol.

El acontecimiento nos revela nuestra fragilidad; el misterio nos envuelve, nos muestra que estemos en él, que vivamos en él.

Solo sabernos acompañados por el Padre, que nos guía sabiendo lo que es mejor para nosotros, aunque no lo entendamos o tengamos la tentación de no aceptarlo, resuelve el misterio. No es fácil, pero

# GENEROSIDAD

deseamos poner todo nuestro esfuerzo en asumirlo como parte de nuestra vida, de nuestra historia, de nuestro ser.

La segunda enseñanza o idea a compartir es el poder del amor, de la profunda amistad.

En la fórmula del matrimonio prometemos acompañarnos en la salud y en la enfermedad, en las alegrías y en las tristezas, todos los días de nuestra vida. Pues bien, esta fórmula se ha hecho realidad no solo en nuestro matrimonio, sino en el amor recibido por nuestra familia de todos vosotros. Desde Tarragona a Tres Cantos, desde el 1 de junio hasta esta mañana hemos recibido tantísimo amor, tantísima amistad gratuita de los amigos de Alfonso y del resto de nuestros amigos, que nos ha desbordado.

Nos hemos sentido conmovidos, acompañados, queridos, protegidos, cuidados, amados. Como hablábamos con Bruna, es una pena que la contrapartida de esta manifestación de amor haya sido tan brutalmente dura. O, quizás, sea esa la tercera idea o enseñanza a compartir, y con esto terminamos: *no hay amor sin cruz*.

Para valorar nuestra vida, lo mucho que tenemos y que nos resistimos a aceptar como suficiente, Dios nos pone pruebas en el camino. Y, como decíamos antes, esas pruebas te cambian la vida y te enseñan a afrontarla de otra manera, valorando no solo los grandes acontecimientos, sino aquellas pequeñas —y no tan pequeñas— cosas que le dan sentido.

Muchas gracias, queridos amigos, queridos hermanos.

Familia Carcasona Prats  
Agosto, 2023

# GENEROSIDAD

## CARTA A ALFONSO PARA SER LEÍDA EL DÍA DE SU DIECIOCHO CUMPLEAÑOS

21 de enero de 2006

Querido hijo:

Hoy tienes once años. He pensado escribirte unas líneas para que las leas el día que cumplas dieciocho, el día en el que serás mayor de edad —con independencia de que los políticos, probablemente, dirán antes de hoy que se te considere como tal a los dieciséis—.

Hace doce años me hiciste la persona más feliz del mundo, el día en que tu madre se hizo la prueba del embarazo y salió positiva. Recuerdo que vivíamos en Henri Dunant. Era domingo por la tarde y fui a comprar el test a una farmacia al final de Pío XII. Sobre las nueve hizo mamá el test y era claro. Tú estabas allí. Los dos estábamos locos de alegría. Tu madre, tan prudente como siempre, no quería decir nada hasta ir al ginecólogo a refrendarlo, ¡y yo quería llamar a todo el mundo! Llamamos a los abuelos, y la convencí para llamar también a algún amigo.

El embarazo fue muy bien, gracias a Dios, y llegó el día 4 de septiembre. ¡Estabas a punto de nacer! Era el momento de pensar en cómo iba a cambiar nuestra vida con tu llegada, los cambios que tendríamos que hacer en nuestra forma de organizarnos, de divertirnos, de relacionarnos, pero solo nos importaba que tú llegabas. A eso de las once nos fuimos a dar un paseo por el barrio, y a las dos tu madre empezó a tener las primeras contracciones. Nos fuimos al hospital, pero la matrona nos dijo que aún tardarías unas horas en nacer. Con la tensión me quedé frito en el sofá de la habitación, mientras tu madre seguía con las contracciones, sin despertarme. ¡Vaya joya de madre que tienes! Por fin, naciste a las nueve de la mañana. ¡Vaya momento! Te recomiendo que, cuando tengas hijos, no te lo pierdas. Es inolvidable ver nacer a tu hijo. Eras muy pequeño, y al principio no lloraste, pero el médico, el doctor Vela, te arrancó un llanto que sonó a música celestial. Desde ese mismo instante has estado con nosotros —tuvimos la suerte que en la Clínica de la Paloma no te separaban de tu hijo ni un minuto, ni para dormir—.

# GENEROSIDAD

Tus primeros años:

Fuiste un bebé bastante llorón. Nos diste unas noches en las que parecía que se cumplía la maldición que, por lo visto, me había echado tu abuela —«ojalá tus hijos lloren tanto como tú»—. Comías fenomenal, eras juguetón y muy cariñoso. Como fuimos los primeros de nuestros amigos en tener hijos, y gracias a lo sociable que siempre has sido, en seguida te hiciste querer por ellos. Recuerdo el día de tu bautizo. En cuanto a tu nombre no hubo ninguna duda. Te llamarías como yo. Nos habíamos cambiado ya de casa, a Casado del Alisal. Juanillo García Pérez te bautizó en una capilla de los jesuitas, en ICADE, donde yo estudié. Tus padrinos fueron el tío Rafa y la tía Marta. Fue una ceremonia bonita. Entrabas en la comunidad cristiana y yo estaba muy orgulloso. Por supuesto, lloraste cuando recibiste el agua bendita. Luego, fuimos a casa y lo celebramos con la familia, y al final de la fiesta vinieron algunos amigos. El catering lo dio Semon, y estuvo muy bien.

Eras el rey de la casa, hasta que llegó Blanca. Y como es normal, tuviste celos de ella, pero a pesar de lo pequeño que eras la protegías. Como eras el hermano mayor, a veces te llevabas alguna bronca injusta. Os costaba mucho dormiros y el castigo más efectivo era teneros de pie, firmes, de cara a la pared. Aguantabais, como mucho, cinco minutos —tú algún minutillo más—. Recuerdo una noche en la que era Blanca la que lloraba o protestaba —muchas veces porque la chinchabas—. Por lo visto, esa noche no era tu culpa e implorabas a Blanca que se callase, que te la ibas a cargar tú. Tu madre y yo lo oímos desde la cama y nos entró un ataque de risa.

Estabas muy enmadrado y por eso te costó ir al colegio, sobre todo, al primero, el Fairy Land. Al año siguiente, entraste en el Sanpa y tu actitud cambió. Y eso a pesar de que había un niño, un desgraciado, que te hacía la vida imposible. Tú siempre has sido muy grande y eras muy bueno, y él se aprovechaba. Con un mandoble lo habrías despachado, pero esa es otra de tus características, no eres nada violento.

Otra de tus características, durante todos estos años, ha sido la de tu preocupación por el que tenías a tu lado. Siempre estabas atento para que los que tú querías estuviesen a gusto. Lo demostrabas,

# GENEROSIDAD

sobre todo, en los juegos, donde nunca querías ganar. Si jugábamos al parchís y me tocaba comerte, hacías trampas para no comerme. Lo mismo con la *Play* o con otros juegos.

28 de agosto de 2012

Han pasado unos años desde que empecé a escribirte esta carta, y el día en el que debía ser leída se ha acercado a velocidad de vértigo. Apenas queda una semana para que cumplas dieciocho, te conviertas en mayor de edad, en universitario... tantas cosas...

El silencio durante estos años solo ha sido en relación a plasmarlo en esta carta, ya que no la he olvidado ni un día, e iba almacenando vivencias para resumirlas más tarde.

Estos últimos años han sido los de tu adolescencia. Tranquila, interior. La verdad es que no nos has dado problemas, más allá de tu mutismo a veces y algunos ramalazos de mal genio. Centraste tu vida en el baloncesto, lo que está muy bien, aunque descuidaste algo los estudios y la disciplina necesaria para acometer la vida con solvencia.

Te has convertido en un tipo muy cariñoso, especialmente con tus abuelos. Con mamá y conmigo has tenido tus diferencias, siempre desde el respeto, lo que es de alabar. Y con tus hermanas has ido mejorando paulatinamente la relación. ¡Cuidala mucho, ya que te será muy importante en el futuro! Eres un tipo hogareño, disfrutas de estar en casa, y me consta que eres buen amigo de tus amigos. Te preocupas por ellos, y eso está bien.

Empiezas una nueva etapa en la que tendrás que hacer algunos ajustes. La verdad es que hay que hacer ajustes permanentemente, lo que nos mantiene vivos y alegres.

Querido hijo, gracias por estos dieciocho años. Estoy muy orgulloso de ti. Eres un buen tío. Espero que seas feliz y que hagas feliz a los demás mucho más tiempo. Esfuérzate para conseguirlo.

Beso,

Papá

# GENEROSIDAD

## CARTA POR SUS VEINTICINCO AÑOS

Madrid, casi 5 de septiembre de 2019

Querido hijo:

Estás a punto de cumplir veinticinco años y me gustaría dejarte por escrito alguna de las cosas que tantas veces te he dicho.

La primera, y más importante, es que eres una buena persona, un buen tipo. No lo olvides nunca. Recuerdo que hace ya años, cuando jugábamos al parchis no te gustaba comerte las fichas de los demás. No por no querer ganar, sino porque no te gustaba ver perder a los que querías.

Ser buena persona lo llevas de serie, pero no dejes de cultivarlo, de esforzarte. No te ufanes de ello, los demás ya lo ven y, más importante, lo disfrutan.

Normalmente, los buenos tipos son soñadores, y tú lo eres. No dejes de serlo. No todos los sueños se cumplen, pero es bonito soñarlos. Y no todos tienen esa capacidad. Los soñadores son los que cambian el mundo. Cambiar el mundo no significa necesariamente encontrar el fin de la pobreza o curar enfermedades, cambiamos el mundo todos los días cuando provocamos la sonrisa de nuestro prójimo.

Sé perseverante. No te dejes vencer por la molicie. Todos dudamos, y no es bueno dudar. Pero no de las cuestiones clave de nuestra vida. Analiza por qué has fracasado en algún momento, por qué no te ha salido algo bien, qué puedes aprender al respecto. Todos cometemos errores, gracias a Dios. Pero los errores son buenos si nos damos cuenta de que son necesarios para que podamos crecer. Solo no se equivoca el que no lo intenta, pero ese no tiene sueños y su vida será muy monótona. Equivócate, pero aprende de tus fallos. Primero, entiéndelos, búscalos; y, luego, ponles remedio. Para siempre. Ahí no dudes. Pon un poco de disciplina en tu vida, verás que esa perseverancia en no cometer los mismos errores hace que no vuelvan a aparecer. Lo harán otros, pero en eso consiste la vida.

Busca. No dejes de buscar nunca *el qué*, la verdad. Somos peregrinos en esta vida. Tienes muchos dones, no los desperdicies. ¿Recuerdas

## GENEROSIDAD

lo bien que lo pasamos en el Camino de Santiago? Para mí es una buena metáfora de la vida. Piensa en todo lo que significa. ¿Dónde te encuentras más a gusto? ¿Caminando o en el hotel? Llega al final de cada etapa de cada camino, hasta el final. Y siéntete dichoso por lo que has caminado, por lo que has vivido.

Sé agradecido todos los días. Es muy sano empezar el día dando gracias. ¿A quién? A Dios, tú que tienes la suerte de ser creyente. Cada mañana tienes la oportunidad de disfrutar de la vida que te han dado y que estás construyendo. Somos muy afortunados, a pesar de las pequeñas miserias con las que convivimos. O, quién sabe, gracias a ellas también.

Sé humilde. Como te decía antes, no te ufanes, no te enaltezcas. Los dones que tienes —muchos— te han sido dados. De acuerdo que a ti te toca trabajarlos, pero no olvides que no son tuyos. Si tienes que presumir de algo, quizá sea porque ese algo no lo has hecho bien del todo. Lo importante es lo que hacer, cómo lo haces, no lo que dices ni lo que muestras.

La humildad no está reñida con la seguridad. No confundas presumir con estar satisfecho, orgulloso —si quieres— de lo que haces bien. Pero te darás cuenta de que cuánto más bien hagas, más necesidad de continuar tendrás y más te darás cuenta de tu minoridad, de tu insignificancia —necesaria, imprescindible—. Hazte pequeño en tu grandeza.

Cultivate, no dejes de leer y de escribir. Leyendo creces. Sigue haciéndolo despacio. Lee mucho, pocos libros; selecciónalos bien y léelos con cariño y cuidado. Reflexiónalos, disfrútalos. Acércate a la poesía, dedica parte de tu tiempo a *lo inútil*. No te dejes devorar —al menos del todo— por esta sociedad del rendimiento en la que vivimos. Busca la belleza, la paz. Esta no se encuentra normalmente en lo urgente. Y no dejes de escribir —y reeléete de vez en cuando—. Ese es otro don que necesita ser regado. Lo haces muy bien, pero te oxidarás si lo dejas —y te lo digo por experiencia—. Escribir te ayuda a dialogar contigo, con Dios, con los que quieres. Es otra actividad a incluir en la perseverancia y, al principio, en la disciplina.

No dejes de hacer deporte; no dejes el baloncesto que te apasiona. Por egoísmo, te diría que empieces a correr y/o a montar en bici para

# GENEROSIDAD

que podamos disfrutar juntos. Además, complementa el baloncesto y te hará más fuerte :-)

Sé generoso , sobre todo, con los que crees que no te lo devolverán. Nunca invites por obligación, no busques la reciprocidad. Busca la gratuidad . Pero, a la vez, sé austero en la medida que tus finanzas te lo permitan. El dinero es un mal necesario, un medio, nunca un fin. Aprende a ajustar el medio a tu forma de vida. No gastes lo que no tienes.

Y, por último, *last but not least*, que dirían los británicos. No dejes de rezar, de buscar a Dios. Búscalo en tu lectura, en tus escritos. Búscalo en el silencio, en la belleza, en *lo inútil*. Pero, sobre todo, búscalo en tu prójimo, y no solo en tu amigo o persona querida. Búscalo en el desfavorecido, en las injusticias. Para eso también se te han dado tus muchos dones.

Espero que estas torpes letras te sirvan, al menos, un poco. Tu madre y yo, tus hermanas y los que te queremos estamos muy orgullosos de ti. No lo olvides nunca.

Papá

